LUCHADORES DEL ESPACIO

EL HOMBRE DE TITANIO



POR GEORGE H. WHITE

Procedentes de algún lugar ignoto del Universo, llegan al Reino del Sol unas criaturas de naturaleza extraña.

¿Quiénes son estos seres? ¿Cuáles son sus ocultas intenciones? ¿Es posible una convivencia pacifica entre dos naturalezas tan opuestas?

Mientras el mundo trata de hallar respuesta a estas inquietantes preguntas, un pequeño “comando” terrícola lleva a cabo una arriesgada misión en Oberón, satélite del planeta Urano, donde los intrusos se han acomodado de momento.



George H. White

Hombres de titanio

La saga de los Aznar - 25

ePub r1.0

Titivillus 13.07.15

Título original: *Hombres de titanio*
George H. White, 1975

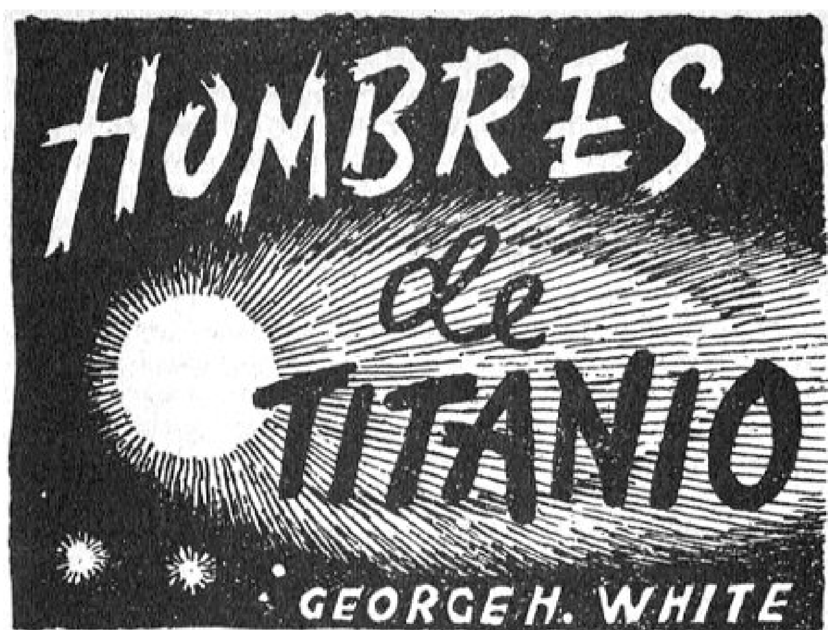
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



HOMBRES DE TITANIO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

LA tarde era desapacible y gris, propia de un auténtico día de primeros de noviembre. Las frías ráfagas huracanadas procedentes del Atlántico zarandeaban fuertemente la copa de los árboles y desprendía de éstos gran número de hojas amarillas que iban a caer sobre el asfalto mojado por la lluvia. La doble fila de automóviles, que en ambas direcciones transitaban por las calles de Wáshington, pasaban indiferentes sobre estos despojos vegetales que habían sido durante medio año el principal ornato de la ciudad.

Tripulando uno de estos pequeños automóviles eléctricos, una pareja de jóvenes oficiales de la Armada Sideral Terrícola, rodaban por una de las principales vías de Wáshington en dirección a los erectos rascacielos que ya empezaban a divisarse entre la bruma.

La mujer iba sentada ante el volante.

Era ella una linda muchacha, de grandes y expresivos ojos azules, facciones pálidas, delicadas y salpicadas de graciosas pecas,

boca pequeña y nariz ligeramente respingona.

Él también era joven, igualmente rubio, con pupilas de un azul más profundo, de rasgos más acusados y correctos, más cerca de la clásica belleza varonil de lo que estaban los rasgos de su compañera de la belleza femenina clásica.

El rostro del hombre irradiaba en estos momentos una íntima, profunda satisfacción. Sus ojos relampagueaban al mirar los números inscritos en el encintado de la acera. Las casas no eran visibles desde la calle. Estaban detrás de la doble fila de árboles, en medio de su correspondiente jardín, y cada una tenía su caminillo particular para llegar a ellas desde la vía principal.

Wáshington, capital del Estado-Tierra, ocupaba una enorme extensión. Desde la Base Sideral más próxima hasta aquí, los tripulantes del automóvil llevaban recorridos más de cien kilómetros.

—Ya estamos llegando —anunció el hombre con el rostro pegado al cristal de la ventanilla—. Tome el volante y sálgase de la fila, señorita Medina.

La muchacha empuñó el volante desconectando con el pie el piloto automático. Sin aminorar la marcha, que era del orden de los cien kilómetros a la hora, sacó el automóvil de la larga fila de vehículos que marchaban ordenadamente en la misma dirección y velocidad. El coche rodó junto al encintado reduciendo la marcha.

—Cinco números más allá… allí donde se ve el cartel —señaló el hombre.

El coche rodó lentamente los últimos metros y se detuvo a la entrada de un caminillo particular asfaltado.

—“Federico Castillo. Profesor en Biología. Catedrático de la Universidad de Ciencias” —deletreó el oficial. Y abriendo la portezuela saltó a la acera diciendo—: Aquí es.

La muchacha bajó la cabeza para ver el rostro del hombre que ya estaba en tierra y preguntó:

—¿De verdad no quiere que le espere, capitán Aznar?

—No, no. Muchas gracias, Sofía. Ignoro el tiempo que me entretendrá la visita. Es posible que me inviten a comer. El profesor me llevará luego en su automóvil —murmuró el oficial moviendo nerviosamente el tirador de la portezuela.

Pero la linda ocupante del automóvil, si vio estas señales de

impaciencia, no las tomó en cuenta.

—¿Por qué no me dijo que era el profesor Castillo a quien se proponía visitar? —preguntó. Y sonrió con picardía.

El capitán Aznar enrojeció ligeramente.

—¿Le conoce usted? —preguntó.

—Debe ser el mismo que estuvo encargado de la custodia de los parlamentarios extranjeros. Aquel que tenía una hija muy hermosa llamada Polonia… o algo así.

—Sí, sí. Ese es el profesor Castillo —contestó el oficial poniéndose muy nervioso.

—Comprendo —murmuró la joven. E irguiéndose en el asiento, de tal modo que la baja cabina ocultaba su rostro al hombre que estaba en la acera, añadió—: Bien. Le dejo, capitán Aznar.

—Hasta la vista, Sofía —dijo el oficial. Y cerró la portezuela de golpe.

El automóvil se puso en marcha acelerando con rapidez. El capitán no permaneció en la acera ni siquiera el tiempo necesario para ver desaparecer el vehículo en lo alto de una cuesta inmediata. Tomando el caminillo asfaltado pasó bajo las desnudas ramas de dos filas de álamos, y entró en un jardín.

La jardinería era quizá la afición más extendida entre los habitantes de este superavanzado, supermecanizado y superacomodado mundo actual. Nada estimaba tanto el hombre como la parcela de tierra que rodeaba su casa, a excepción del ocio implantado por el maquinismo que le permitía dedicar cuanto tiempo quisiera al cultivo de sus flores y sus árboles frutales.

Pero la jardinería no se contaba, por la muestra, entre los pasatiempos predilectos de los dueños de esta casa. O quizá el profesor Castillo no dispusiera de tiempo para dedicarlo a ninguna afición.

El jardín que atravesó el capitán Aznar era de los más descuidados de cuantos éste viera en su vida.

Un automóvil había pasado recientemente por el caminillo, a juzgar por las rodadas de los neumáticos impresas en el asfalto mojado. Por un instante, el temor que los Castillo hubieran salido de casa atormentó al capitán Aznar. Pero sus temores, al fin, resultaron infundados. Las rodadas no eran de un automóvil que acababa de salir, sino de uno que entró recientemente. Este coche

estaba detenido ante la casa. Era un coche normal, pero tenía un rótulo sobre las portezuelas: “Universidad de Ciencias Boston”.

El capitán Aznar hizo una mueca, cual si le disgustara la presencia de otros visitantes en el domicilio de los Castillo. Ascendió los breves escalones que conducían a la terraza y oprimió un botón eléctrico.

Dentro de la casa sonó el repiqueteo de un timbre. El oficial esperó de pie ante la puerta, dando inequívocas muestras de ansiedad e impaciencia. Iba a llamar de nuevo cuando se escuchó el rápido, nervioso taconeo de una persona que se acercaba. La puerta se abrió y en el vano apareció una joven de regular estatura, esbelta, morena, la cual miró sorprendida al oficial con sus grandes ojos negros.

—¿Eres tú, Miguelito? —exclamó.

—Mi nombre completo es Miguel Ángel —contestó el joven entre irritado y defraudado—. ¿Qué ocurre? ¿Está prohibida la entrada?

—¡Oh, perdona! —murmuró la joven haciéndose a un lado—. No te esperaba. Entra.

Miguel Ángel Aznar entró quitándose la gorra. Polonia Castillo la tomó y mientras la dejaba en la percha añadió:

—Papá está en el *living* con el profesor Valera. Pasa.

El oficial pasó a una sala de estar que tenía dos de sus paredes formando esquina de la casa y acristaladas del techo al suelo. Los muebles eran de cristal plástico, construidos en fabulosas series por las fábricas “automatizadas” del Estado. Dos hombres de mediana edad estaban sentados frente por frente teniendo entre ambos una mesilla enana sobre la que se veía un servicio de té.

—¡Hola, miren quién está aquí! —exclamó el profesor Castillo volviéndose hacia el recién llegado y tendiéndole la mano—. Hace un siglo que no se le ve, Miguelito. ¿Cómo están el superalmirante y la señora Aznar?

—Supongo que se encuentran bien —contestó Miguel Ángel estrechando la mano del profesor—. Hace que no les veo tanto tiempo como no les veo a ustedes. Estuve fuera y acabo de regresar esta mañana. ¿Cómo está usted, señor? —saludó el joven con una inclinación de cabeza al hombre alto, seco, de cabellos entrecanos, que no se había movido del sillón.

El señor Castillo hizo las presentaciones:

—Profesor Arsenio Valera, astrofísico de la Universidad de Boston. ¿No se conocían ustedes, verdad? Profesor, le presento al benjamín de la familia Aznar. Este es Miguel Ángel, hijo de nuestro Almirante Mayor, don Miguel Ángel Aznar.

—¡Caramba, caramba! —exclamó el profesor Valera poniéndose en pie para estrechar calurosamente la mano del joven—. Sabía que nuestro Almirante Mayor tenía un hijo varón, pero nunca le hubiera reconocido a usted. No se parece a su padre. Los Aznar, por rama directa, han solido ser morenos, pelinegros, más altos y… ¡Bueno, es usted un Aznar a pesar de todo! ¡Tanto gusto, joven! ¡Tanto gusto!

Miguel Ángel correspondió al apretón de manos no sin sentirse mortificado por aquella falta de parecido y especialmente de mayor estatura y corpulencia que todos le echaban en cara al compararle con su progenitor.

—Siéntese y tomará una taza de té. ¿O prefiere café? Sírvele a Miguelito, Pol.

Miguel Ángel tomó asiento en un diván y lanzó una mirada sobre Pol Castillo, que se inclinaba para recoger las tazas sucias. Pero la muchacha no vio esta mirada. En cambio, el profesor Castillo preguntó:

—¿Así que ha estado fuera? ¿Patrullando el espacio alrededor de Urano, tal vez?

—No precisamente alrededor de Urano, sino en el mismo Urano —contestó el joven dejando caer lentamente cada una de sus palabras.

El efecto de esta displicente afirmación no se hizo esperar. Tanto Valera como el profesor Castillo y la hija de éste abrieron los ojos de par en par, clavando en Miguel Ángel una mirada de incredulidad.

—¿Has dicho en Urano mismo? —preguntó Pol.

—Sí, en Urano mismo. ¿Qué tiene de particular? —exclamó el oficial adoptando aires de infantil ingenuidad.

—¡Dios mío, Urano está lleno de esos diabólicos hombres de titanio! Naturalmente, desembarcaríais en aquel planeta con permiso de sus actuales habitantes… Tal vez representando alguna misión diplomática.

—¡Oh, yo no creo que los hombres de titanio juzguen muy diplomática nuestra forma de proceder! —exclamó Miguel Ángel—. Fuimos allá a quitarles uno de esos proyectores de luz sólida que traen locos a nuestros más talentudos científicos y… ¡claro! Ellos no nos lo dieron por las buenas.

—¡Un comando! —exclamó el profesor Castillo—. ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Se introdujeron ustedes en Urano en secreto para capturar uno de esos fantásticos proyectores de luz sólida?

—¡Ajajá!

—¿Y… lo consiguieron? —preguntó el profesor Valera conteniendo el aliento.

—Pues… ¡no! No lo conseguimos —contestó Miguel Ángel sumiendo a sus oyentes en la consternación y el desencanto. Y agregó—: pero nos trajimos para acá una especie de pistola o fusil que también dispara rayos de luz sólida. El profesor Ferrer, que formó parte de la expedición, cree que la pistola servirá perfectamente para los fines que perseguimos.

—Y ellos… los seres de titanio… ¿no descubrieron el hurto? —inquirió Valera dando visibles muestras de inquietud.

—Pues… ¡Bueno! Empezaré por el principio, si no les importa. Ya saben ustedes lo que ocurrió cuando estos extraños individuos, metidos en armaduras de metal, vinieron a Wáshington a parlamentar con nuestro Gobierno. El contenido de la nota que entregaron es bien conocido por usted, profesor Castillo, puesto que se encontraba presente durante la entrevista.

—Lo recuerdo perfectamente —aseguró el biólogo—. El Gobierno de Sadra, después de saludar cordialmente al Gobierno terrícola, nos comunicó oficialmente su arribada a este Reino del Sol y sus propósitos de colonizar el planeta Urano a fin de habitar en él en lo sucesivo. Eso era, sobre poco más o menos, lo que decía aquella nota.

—Sí —afirmó Miguel Ángel—. Eso y que el pueblo sadrita aspiraba poder establecer relaciones de buena amistad con la nación terrícola. Nosotros, naturalmente, no podíamos negarnos a la pretensión de estos extranjeros que se nos habían colocado dentro del sistema solar. No podíamos denegarles el permiso para habitar Urano, ni podíamos tampoco echarles de allí por la fuerza. Ellos poseen esos rayos de luz sólida que atraviesan como si fueran de

papel las corazas de “dedona” de nuestros cruceros siderales. Estábamos prácticamente indefensos frente a ellos… y les contestamos con otra nota felicitándoles por su llegada al Reino del Sol, así como deseándoles un completo éxito en su propósito de colonizar el planeta Urano. No podíamos hacer otra cosa, excepto disimular el miedo que nos inspiraba su presencia aquí y enmascarar nuestra impotencia bajo un hipócrita rasgo de magnánima generosidad. Pero las cosas tampoco podían quedar como estaban. No podíamos dejar a estos extranjeros que se establecieran en Urano sin tener nosotros una garantía de que más tarde no atentarían contra la seguridad de nuestros planetas. Y, lo que era aún peor; carecíamos de la fuerza necesaria para exigir esa garantía y hacerla cumplir si llegaba el caso con el peso de nuestras armas. No quedaba más que una solución: dejar a los intrusos en la creencia que eran bien recibidos y…

—Pero señor Aznar —interrumpió el profesor Valera—, ¿cree usted formalmente que hemos engañado alguna vez a los intrusos con nuestras falsas promesas de amistad?

—No, no lo creo —repuso el joven—. Creo más bien que todos hemos empleado la misma política de promesas y dilaciones con el solo objeto de ganar tiempo. Ignoro para qué necesitan ellos ganar ese tiempo, pero en cuanto a nosotros sí puedo decirles que, en el mismo instante de entregar aquella nota a los parlamentarios extranjeros, ya había surgido en la mente de nuestros jefes la idea de enviar un comando a Urano para que se apoderara de alguno de esos aparatos que lanzan rayos de luz sólida. Mi padre, que estuvo presente durante la entrevista de los parlamentarios con los presidentes de nuestros planetas confederados, me lo dijo nada más salir del Palacio Residencial.

—¿Quiere decir que su padre de usted, así como los demás jefes militares y hasta los presidentes de la Confederación habían decidido enviar un comando a Urano cuando todavía estaban entregando la nota de contestación a los emisarios extranjeros? —preguntó el profesor Valera.

—Sí. Y no me diga que nuestros presidentes obraron muy ladinamente en aquella ocasión. Posiblemente sea así, pero tratándose de la seguridad de nuestros planetas…

—No estaba pensando en eso —repuso el eminente astrofísico. Y

añadió gravemente—: ¿Sabe que esa anticipación en elaborar el plan pudo echarlo todo a perder?

A lo que Miguel Ángel contestó:

—No sé lo que quiere decir.

—El profesor Castillo cree que las criaturas de titanio, dotadas de una potencia cerebral realmente tremenda, leen en el pensamiento de sus semejantes como asimismo pueden transmitir sus pensamientos directamente a otro cerebro.

Miguel Ángel Aznar se volvió sorprendido hacia el profesor Castillo.

—¡Oh, no! —exclamó echándose a reír—. Eso es absurdo.

—¿Por qué absurdo? —inquirió la señorita Castillo saliendo en defensa de las teorías de su padre—. Recuerda lo que dijo la capitán Sofía Medina acerca de sus impresiones mientras vivió con los emisarios extraterrestres. Hemos interrogado a los hombres de la tripulación de Medina y todos coincidieron en sus declaraciones. Cuando los “hombres” de titanio les miraban, aunque estuvieran de espaldas a éstos, nuestros hombres se sentían presos de una profunda turbación, no podían coordinar sus ideas ni atinaban a hacer nada a derechas.

—¡Bah, tonterías! Cualquiera se hubiera sentido intranquilo llevando a bordo de su buque a tipos tan extraños.

—Para tu gobierno, te diré que no hemos descubierto en el bicho que encontramos nada que se parezca ni remotamente a un órgano vocal. Esos animalitos, si son los mismos que tripulan las grandes armaduras metálicas que remedan la forma humana, no hablan. Y tampoco pueden oír.

—Puede que se hablen por señas. Además, ¿por qué habían de hablar ni siquiera por señas unos miserables pulpos? El bicho que recogimos en Oberón no es, con toda probabilidad, similar a los individuos que van dentro de las armaduras.

—¿Lo sabes tú? ¿Has podido comprobarlo? —inquirió la muchacha.

—No pude entretenerme en averiguarlo. Sin embargo, existe una demostración palpable de que los hombres de titanio no se transmiten sus pensamientos ni leen en el pensamiento de los demás. De haber poseído esta cualidad tan extraordinaria habrían leído en el pensamiento de mi padre y de los almirantes que estaban

presentes en la reunión lo que estaban tramando contra ellos. ¡Y jamás hubiéramos podido desembarcar en Urano de saber ellos que nos proponíamos ir allí!

—Bueno, bueno —medió el profesor Castillo apaciguando a la joven y exaltada pareja—. No ha lugar a discusión, puesto que no hemos podido comprobar todavía si son pulpos o personas distintas las que van dentro de las armaduras de titanio. Que el capitán prosiga con su narración.

—Que prosiga —dijo Polonia Castillo enfurruñada—. Pero que sepa esto. Que los hombres de titanio no pudieran leer el pensamiento de nuestros almirantes sólo demuestra su incapacidad para penetrar en nuestra mente. No basta para asegurar que los seres de titanio no puedan comunicarse telepáticamente entre sí.

Miguel Ángel Aznar la contempló irónico unos instantes. Luego se encogió de hombros y prosiguió:

—Bueno; la cosa ocurrió así. Al decirme mi padre que íbamos a mandar un comando a Urano, me ofrecí para formar parte del grupo. Mi padre puso el grito en el cielo, prohibiéndome mencionar siquiera tamaño disparate. Hice como que me resignaba, pero una hora más tarde estaba hablando con el almirante Hidalgo, jefe del Estado Mayor General. Hidalgo accedió a mi ruego e hizo todavía más: me nombró jefe del comando.

—¿Qué dijo tu papá al enterarse? —preguntó la señorita Castillo.

—Mi padre no se enteró. Creyó que iba a incorporarme a Ganímedes… y fui a Ganímedes, en efecto. Habíamos decidido entrenarnos en aquel satélite de Júpiter para estar más cerca de Urano. El profesor Ferrer diseñó unas armaduras de “dedona” que, aparte preservarnos de la fuerza de gravedad de Urano y de la falta de oxígeno en la atmósfera de aquel planeta, era un disfraz copiado de las armaduras que utilizan los hombres de titanio. Cuando llevábamos un par de semanas acostumbrándonos a movernos dentro de aquellas endiabladas armaduras llegó el destructor sideral que debía llevarnos hasta Urano. La señorita Sofía Medina era el comandante del buque.

—¿Sofía Medina… la misma que fue hecha prisionera de los hombres de titanio y ganó su libertad accediendo a traer hasta la Tierra a los parlamentarios extranjeros? —preguntó Polonia

Castillo.

Y Miguel Ángel contestó:

—Sí, la misma. La señorita Medina logró burlar la vigilancia del enemigo y nos llevó sanos y salvos hasta el suelo firme de Urano. Nos escondimos en una enorme grieta del suelo y por esta misma grieta avanzamos lentamente durante dos días hasta detenernos cerca de una estación de radar. El comando pasó a un par de aerobotes. Volando a ras del suelo, reptando como serpientes, llegamos a un kilómetro de distancia del campamento enemigo. Una noche, después de dos días de permanecer al acecho, me cansé de esperar y decidí acercarme para ver lo que contenían ciertas cajas que estaban apiladas alrededor del campamento. Así que nos proveímos de linternas de luz infrarroja y salimos para allá.

—¿Ha dicho linternas de luz infrarroja? —preguntó el profesor Castillo—. Yo creí que las criaturas de titanio podían ver los rayos infrarrojos.

—Y no se equivocó usted —repuso Miguel Ángel—. El profesor Ferrer me advirtió del peligro, pero yo decidí correr el riesgo… ¡y a fe que nos arriesgamos! Estaba yo dando la vuelta a la pila de cajas cuando me encuentro a un tipo grotesco parecido a un robot de metal. Como nuestras armaduras eran casi idénticas a las del enemigo no me asusté. Le tomé por uno del grupo y pregunté por radio: "¿Han encontrado algo por ahí?". Y Ferrer me contestó por radio: "No, nada que se parezca a un proyector de luz sólida". Entonces voy yo y dirijo el haz de mi linterna hacia abajo, alumbrando por casualidad los pies del tipo que tenía delante. ¡No era ninguno de mis compañeros, sino un auténtico hombre de titanio!

CAPÍTULO II

MIGUEL Ángel Aznar se detuvo a leer el efecto de su relato en la cara de sus óyentes. Luego prosiguió:

—Quedé un instante paralizado por el terror. El hombre de titanio llevó su mano en forma de alicates a un pequeño armario que acababa de abrirse en su costado izquierdo y la sacó armada de algo parecido a una linterna eléctrica. El rayo delgado y amarillo que salió lanzado por aquella pistola-linterna pasó a menos de un centímetro de mi escafandra. Me abalancé contra el monstruo agarrándome a su brazo armado, llamando a gritos a mis compañeros. Caímos al suelo luchando. ¡La fuerza que tenía aquel bruto! Me zarandeaba como una hoja, pero yo no le solté, Ferrer y el soldado que nos acompañaba llegaron y se arrojaron también sobre el monstruo. Baker, el soldado, recibió un golpe sobre el cristal del frente de su escafandra que simulaba un ojo amarillo. El cristal se rompió, pero el hombre de titanio perdió su pistola, la cual vino a caer cerca de mí. Cogí la pistola del suelo, apuntando al monstruo. La pistola se disparó lanzando un rayo de luz amarilla que atravesó de parte a parte la escafandra del hombre de titanio. Cayó como fulminado.

—¿Muerto? —preguntó el profesor Castillo.

—Seguramente. Cayó al suelo y no se movió más. No nos entretuvimos en averiguarlo. El soldado Baker acababa de morir por asfixia y yo temía que el hombre de titanio hubiera dado la alarma por radio mientras luchaba con nosotros. Mis temores resultaron ciertos. El monstruo que dejamos por muerto debió avisar de algún modo a sus compañeros porque apenas llevábamos Ferrer y yo un minuto huyendo cuando empezaron a brillar luces en el campamento enemigo. Los hombres de titanio organizaron la persecución en seguida. Nos consideramos perdidos. Las dichosas armaduras sólo nos permitían dar pasos cortos y vacilantes. Pero el

sargento Ávila, que se había quedado en nuestro escondite con los aerobotes, estaba escuchando nuestras lamentaciones por radio y acudió en nuestra ayuda. Las ametralladoras de su bote abrieron fuego contra el campamento enemigo lanzando una lluvia de torpedos. Y entonces ocurrió lo imprevisto. Los millares de cajas que nosotros habíamos ido a examinar contenían máquinas en miniatura como las que nosotros comprimimos para poderlas guardar en un espacio muy pequeño. Los torpedos de Ávila debieron destrozar las sirenas ultrasónicas que mantenían todas aquellas miles de máquinas en su forzado estado de compresión. ¡Y allí se armó la gorda! Las máquinas se salieron de las cajas, empezaron a hincharse y acabaron por sepultar al campamento entero bajo una montaña de hierro que crujía y se agigantaba por segundos. Una hora más tarde nos reuníamos con la señorita Sofía Medina en el destructor sideral y abandonábamos la atmósfera de Urano para regresar a Ganímedes. Las criaturas de titanio de aquel campamento debieron morir sepultadas bajo el alud de máquinas. No pudieron dar la alarma a sus patrullas siderales, ya que de lo contrario jamás habríamos podido burlarles y llegar a Ganímedes.

Miguel Ángel se interrumpió para mirar los rostros de los tres profesores y concluyó:

—Bueno, pues eso es todo. La pistola que le quitamos al enemigo llegó esta mañana a la Tierra y debe estar siendo examinada ahora por una legión de científicos. Si estos sabios no le arrancan el secreto de la luz sólida no será por culpa de las Fuerzas Armadas. Nosotros, los hombres de acción, hemos hecho cuanto estaba de nuestra mano para reducir a unos días los miles de años que, según nuestros científicos, separaban nuestra técnica de la supertécnica de los intrusos siderales.

Miguel Ángel Aznar miró retadoramente a Polonia Castillo. Pero la joven, al parecer, no cayó en la insinuante frase; “nosotros, los hombres de acción”. Miraba a su padre, el cual estaba acariciándose pensativamente la barbilla y acabó por preguntar:

—¿Así que estuvieron ustedes dos días enteros acechando a las criaturas de titanio desde su escondite próximo al campamento?

—Sí —gruñó Miguel Ángel malhumorado.

—¿Podían ver bien al enemigo desde donde estaban?

—Seguíamos todos sus movimientos a través de un telémetro de

campaña muy potente.

—¿Bastante potente para distinguir cualquier animalito en forma de pulpo que se moviera en el campamento?

—¡Oh, sí! —exclamó Miguel Ángel echándose a reír—. Pero nunca vimos ninguno de sus famosos pulpos haraganeando por allí, profesor Castillo. Sólo hombres metidos en armaduras de metal.

—¿Nunca sin armadura?

—No, nunca.

—¿Por qué?

—Posiblemente porque la atmósfera de Urano es tan irrespirable para ellos como para nosotros. ¿Yo qué sé? —murmuró el oficial encogiéndose de hombros.

—¿No sospechó nunca que los “hombres” de titanio pudieran desembarazarse de sus armaduras dentro de los barracones… para dormir, por ejemplo?

—Estoy seguro que los hombres de titanio se quitaban las armaduras dentro de los barracones.

—¿En qué funda esa seguridad?

—En el hecho que transcurrieron algunos minutos desde que el tipo aquél nos descubrió hasta que empezó a salir gente de los barracones y brillaron las linternas. Si los hombres de titanio hubieran tenido puestas sus armaduras habrían salido en seguida.

—Sí, es casi seguro que las criaturas de titanio se desembarazan de sus armaduras dentro de los barracones —murmuró el profesor Castillo acariciándose pensativamente la barbilla—. Pero si se las ponen de nuevo al salir no será porque la atmósfera de Urano sea nociva para ellos. Es a los rayos solares a quienes temen.

—¿A la luz del Sol? —repitió Miguel Ángel sin comprender.

—Y el profesor Valera contestó:

—El señor Castillo ha descubierto que los rayos solares destruyen las células del organismo de los seres de titanio.

—Que… ¡Oh, esperen… esperen! —exclamó Miguel Ángel manoteando en el aire—. A ver si consigo comprenderlo. ¿Cómo es que los rayos solares destruyen las células de las criaturas de titanio?

—Porque el sol que alumbra los días de la patria de estos seres es un astro de naturaleza distinta del nuestro —contestó Castillo.

Y Valera añadió:

—Usted sabe que todos los seres de nuestro sistema solar son criaturas del Sol. Así como las plantas, sin excepción, dependen de la luz solar y sólo con el auxilio de ésta, pueden construir el cuerpo vegetal, tampoco el hombre ni los animales podrían vivir sin la luz del Sol. Sí, es cierto que en los abismos del Océano, a donde no llega un solo rayo del Sol, habita también una fauna de peces que no parecen sentir en absoluto la falta de luz. Pura ilusión. Aunque indirectamente, estos seres submarinos dependen también de la luz solar. En aquellas profundidades no existen plantas, pero los habitantes del abismo oceánico se alimentan de gran parte de plantas marinas criadas en aguas poco profundas, invadidas de luz, y que luego fueron arrastradas a las capas inferiores del Océano. La luz del Sol es tan importante para nosotros que sin ella se habría apagado ya toda la vida terrestre, aún en el supuesto que hubiera podido surgir. Hasta el oxígeno del aire es un gracioso don de la luz solar. Antiguamente, se creía que la naturaleza no necesitó de las plantas, sino que realizó su gran obra de depuración con la luz solar, incluso antes de que en la Tierra prosperase la vida vegetal. Hoy día es un experimento corriente de laboratorio demostrar que la luz solar, por medio de sus rayos de onda corta, descompone el ácido carbónico en carbono y oxígeno.

—Sí, sí —atajó Miguel Ángel impaciente—. Todo eso está muy bien. ¿Pero a dónde quiere ir a parar?

—Solamente a esto, amigo mío —repuso Valera—. El hombre de la Tierra es hijo del Sol, de nuestro Sol. El terrícola no podría vivir, por ejemplo, bajo los rayos de un sol como el blanco Rigel. La luz de aquel sol extraño, en el que predomina el gas helio, mataría sin excepción a los hombres, los animales y las plantas creados para vivir bajo nuestro sol amarillo. Y otro tanto sucedería si el hombre de la Tierra se trasladara a la lejana y magnífica nebulosa "América", que brilla en las profundidades del espacio con luz ultravioleta. La composición, tamaño y edad de una estrella son factores tan importantes para la vida creada a su luz, que esa misma vida jamás podrá reproducirse al calor de otro sol distinto. Esto no es sólo una teoría. Lo hemos podido comprobar en nuestras andanzas por el Cosmos. De los millares de soles visitados por nosotros, la inmensa mayoría irradiaban haces de rayos altamente perjudiciales para nuestro organismo. Todo esto, en suma, viene a

decirnos que si el hombre de carbono de la Tierra sólo puede habitar sobre planetas iluminado por un sol metálico y amarillo, de la misma forma, las criaturas de titanio, creadas bajo un sol completamente distinto del nuestro, no podrán sobrevivir sino a la luz de una estrella similar a aquella que les dio la vida. ¿Ha comprendido?

—¡Por Dios, profesor! —protestó Miguel Ángel—. No era eso lo que yo quería saber, sino que me contestaran a esta pregunta. Si la luz de nuestro Sol es perjudicial para las criaturas de titanio, ¿cómo van a componérselas para habitar en un planeta sujeto a esas radiaciones solares tan dañinas? Eso no tiene pies ni cabeza. Nadie se tomaría el trabajo de colonizar un mundo inhabitable, donde uno ha de ir constantemente metido en una armadura, y no pueden prosperar las plantas que constituyen la base de su alimentación.

—Es cierto —contestó el profesor Valera—. Nadie se tomaría ese trabajo. Y, sin embargo, los hombres de titanio parecen decididos a emprenderlo.

—¿Y no es absurdo eso?

—Lo sería, sin duda, si las criaturas de titanio se limitaran a colonizar Urano y no se preocuparan de tocar el Sol. Las plantas que prosperaran en aquel planeta no serían comestibles para ellos. A menos, claro está, que nosotros andemos equivocados y ellos sean capaces de extraer algún provecho de la luz solar que tan mal sienta a sus organismos.

—Aún así —murmuró Miguel Ángel— resulta difícil de imaginar a una humanidad entera condenada a vivir eternamente enfundada en armaduras protectoras… Nosotros, los terrícolas, no podríamos soportarlo a la larga.

—Y ellos tampoco —contestó el profesor Castillo.

Miguel Ángel le miró de soslayo y dijo:

—¿Cree que acabarán por marcharse?

El biólogo movió lentamente la cabeza y contestó:

—No, no lo creo. Los gases que constituyen la atmósfera del Urano actual son probablemente los más adecuados para la vida de las criaturas de titanio. La masa del planeta es también factor importante para la comodidad de estos seres, los cuales proceden de un mundo de las dimensiones de Urano o tal vez mayores. Pero los intrusos, seguramente, miran aún más lejos, hacia el futuro. Júpiter

y Saturno son dos globos gigantescos en pleno proceso de su evolución. En la actualidad son inhabitables, pero dentro de varios millones de años, cuando su corteza se haya solidificado y los océanos estén a punto de precipitarse al suelo desde la atmósfera gaseosa, Júpiter y Saturno recibirán los excedentes de la población de Urano convirtiéndose a su vez en sede de la humanidad de titanio acomodada en este reino solar.

—¿Pero cómo remediarán el inconveniente que para ellos representa la radiación solar?

—Ellos remediarán también ese inconveniente —murmuró Castillo.

—Pues me gustaría saber cómo van a hacerlo.

El biólogo clavó en el joven astronauta sus pupilas relampagueantes. Con un movimiento de cabeza señaló al profesor Valera y dijo:

—El señor Valera, que ha venido desde Boston para discutir con nosotros ese aspecto de la cuestión, le responderá mejor que yo a esa pregunta.

Miguel Ángel Aznar se volvió hacia el famoso astrofísico. Aprensión suya o realidad, el joven creyó sentir cómo la caldeada atmósfera de la habitación se enfriaba de pronto. Algo intangible y amenazador flotaba en el aire. Una especie de sombra pasó por el pálido rostro del profesor Valera antes que contestara:

—La pregunta tiene fácil respuesta, señor Aznar. ¿Cómo transformamos nosotros el sol ultravioleta que ardía en el centro del planeta Redención?

—Lo sometimos a un bombardeo de cohetes de hidrógeno y… ¡Oh, cielos! ¡No puede ser! —exclamó Miguel Ángel palideciendo.

—¿Qué es lo que no puede ser, amigo mío? —preguntó el astrofísico suavemente.

—Que los hombres de titanio repitan el experimento al revés con nuestro sol. ¡La vida de estos planetas se extinguiría bajo los rayos de un sol extraño! ¿Es eso lo que pretenden insinuar ustedes?

—No es una mera insinuación, Miguel Ángel —dijo la señorita Castillo—. Si en realidad se proponen establecerse aquí, la transmutación de nuestro sol de hidrógeno en un sol de helio es una necesidad imperiosa para la humanidad de titanio.

Pálido, asustado, Miguel Ángel miró sucesivamente a Pol, a

Valera y al profesor Castillo. Sus ojos se inmovilizaron sobre este último en tanto balbuceaba:

—¿Nosotros… la humanidad terrestre… podría vivir bajo un sol de helio?

El biólogo negó lentamente con la cabeza.

—No, no podría. Las radiaciones de un sol de helio serían tan mortales para nosotros como los rayos de un sol ultravioleta. Toda la vida de estos planetas desaparecería siendo sustituida por una naturaleza de titanio.

—Dios mío —murmuró el joven—. Eso sería… ¡horroroso!

Un silencio ominoso, frío y pesado como una losa de mármol, cayó sobre aquella habitación parcamente iluminada. Miguel Ángel parpadeó, tragó saliva, se humedeció los resecos labios con el extremo de la lengua y murmuró:

—¿Han informado ya al Gobierno de todo esto?

—No. Dudamos en hacerlo.

—¿Dicen que dudan? ¡Dios mío! ¿Y por qué?

—No tenemos pruebas concluyentes que ofrecer en apoyo de nuestra tesis. Porque esto es una tesis, amigo mío. El único ejemplar de titanio llegado a nuestras manos estaba muerto, como usted sabe. Las causas que produjeron la muerte del "pulpo" eran fáciles de determinar. En Oberón, donde fue encontrado el animal de titanio, no existe atmósfera que atenúe la violencia de los rayos cósmicos procedentes del espacio. Los rayos cósmicos, como usted bien sabe, dejan un rastro de células muertas cuando atraviesan un organismo vivo. La mayor parte de las células de nuestro "pulpo" habían sido destruidas por los rayos cósmicos a que quedó expuesto durante su permanecía en el suelo de aquel satélite, pero algunas vivían aún cuando nosotros examinamos el cadáver por primera vez. Las células corrientes de carbono no pueden sobrevivir más de unas horas a la muerte del organismo de que forman parte. ¡Las del pulpo de titanio vivieron durante cuarenta y seis días! Muchas de ellas murieron antes. Fueron precisamente aquellas que expusimos a la luz directa del Sol.

—Y bien —dijo Miguel Ángel—. ¿No es eso una prueba bastante concluyente?

—No del todo —repuso Castillo—. El sol las secaba.

—¿En qué quedamos entonces? ¿Murieron porque se secaban, o

porque las dañaba el sol?

—Para mí, la desecación de las células está relacionada en sentido inverso al que se cree unánimemente; es decir, no morían porque se secaran, sino que se secaban a medida que iban muriendo. Desgraciadamente, esto es imposible de demostrar. Ya con las células que conocemos bien es difícil, si no imposible, determinar el instante preciso en que sobreviene su muerte. ¡Figúrese si será difícil saber lo que les ocurre a unas células que nos son totalmente desconocidas!

—¿Quiere decir que los ensayos verificados por usted no podrán ser aceptados como prueba concluyente?

—No pueden serlo. La única forma de saber lo que le ocurre a un organismo de titanio cuando se expone a los rayos del sol consiste en coger un ser vivo y estudiar sus reacciones. Y aun entonces, el saberlo con certeza no resolvería nada. Si los intrusos se propusieran efectuar la transmutación del sol, nosotros no podríamos evitarlo.

—Quizá podamos evitarlo —repuso Miguel Ángel Aznar—. Depende del tiempo que los intrusos necesiten para efectuar esa transmutación, así como del tiempo que nosotros tardemos en estar armados de esos terribles proyectores de luz sólida.

El sabio permaneció unos momentos silencioso y pensativo.

—Supongamos que expongo mis teorías alarmistas al Estado Mayor General —murmuró—. ¿Qué cree usted que ocurriría?

—Supongo que, en consideración a su prestigio internacional el Estado Mayor decidiría comprobar inmediatamente si nuestro Sol es salutífero o perjudicial para la humanidad de titanio.

—¿Pero cómo íbamos a comprobarlo, sin un ejemplar de esa naturaleza para someterlo a la prueba?

—Conseguiríamos ese ejemplar.

—¿Cómo?

—¡Toma, pues como conseguimos un modelo de esos proyectores de luz sólida que tanto nos interesan! —exclamó el astronauta—. Iríamos a Urano, lo apresaríamos y lo traeríamos acá.

Los ojos del científico relampaguearon codiciosos. Miró a su hija. La muchacha hizo un mohín y dijo:

—Sé lo que estás pensando. Darías cualquier cosa por tener a ese prisionero sobre el banco de tu laboratorio… y yo lo deseo tanto

como tú. Redactaremos el informe de nuestras observaciones. Aun en el peor de los casos, merecería la pena arriesgarse a hacer el ridículo en tal de conseguir un ejemplar de titanio completamente vivo.

El profesor Castillo asintió en silencio meneando la cabeza.

—Usted nos ayudará a redactar ese informe, Valera —dijo volviéndose hacia el astrofísico—. Quiero decir, si no le importa quedarse aquí esta noche.

—Les ayudaré con mucho gusto —aseguró el profesor Valera.

La señorita Castillo hizo una seña a Miguel Ángel para que le siguiera. El joven que estaba deseando tener un aparte con la muchacha, la siguió a un despacho donde ella le señaló una máquina electrónica que escribía y calculaba al dictado.

—Saca esa máquina afuera, ¿quieres?

—Escucha, Pol —dijo Miguel Ángel deteniéndola cuando iba a tomar un montón de carpetas repletas de papeles—. ¿No va siendo hora que tú y yo hablemos formalmente?

—¿Hablar, de qué?

El oficial la cogió impulsivamente de una mano y la atrajo hacia sí.

—Ya me estoy cansando de tus desplantes y tu estupidez, Pol —aseguró una voz ronca—. Sabes perfectamente que te quiero… te lo dije en cierta ocasión. Dime de una vez si vas a ser mi esposa, o mándame a paseo. No puedo sufrir por más tiempo esta incertidumbre. Es preciso que aclaremos nuestra situación.

—No creí que hubiera nada por aclarar después de lo que te contesté aquella vez, Miguelito —dijo la profesora desasiéndose suave, aunque firmemente, de la mano que oprimía la suya.

—¡No me llames Miguelito! —gritó el oficial furioso—. Ni me vengas ahora con pretextos ni disimulos. Sabes bien que algo queda por aclarar entre nosotros. Me dijiste una vez que no te atraía el matrimonio, al menos momentáneamente. ¡Pero nunca dijiste clara, terminantemente, que no me quisieras al menos un poco!

—¡Dios mío! —exclamó la joven—. ¿Si resultará que he alentado tus esperanzas alguna vez?

—Pues sí, las alentaste. Dijiste que si alguna vez te diera la ventolera por casarte pensarías en mí, ¿no es eso dar una esperanza? ¡Di!

Polonia Castillo reprimió una sonrisa burlona. Adoptó un aire enojado, casi de maternal reconvención, y dijo:

—Muchacho ¿y qué culpa tengo yo si tú eres algo tonto? Debiste comprender entonces que si te dije aquello fue por no herir tu excesivo amor propio con una negativa rotunda. Lamento que una frase dicha al azar como un pretexto haya servido para alentar tus esperanzas.

Miguel Ángel la contempló con pupilas desorbitadas de asombro. Con todo, no había escuchado aún lo peor. Ella prosiguió:

—Nunca sentí por ti otra cosa que una sincera estimación de amigo. Naturalmente, jamás consideré en serio aquella incendiaria declaración de amor. Lo tomé por una chifladura momentánea y lo olvidé. Nada estaba más lejos de mi imaginación que tú siguieras considerándote incluido entre la lista de los hombres que yo tomaría por esposo. ¡Eso es ridículo!

—¿Por qué ridículo? —preguntó Miguel Ángel entre dientes, sintiéndose burlado en lo más profundo de su ser—. ¿Estás tan por encima que no merezco siquiera levantar los ojos hasta ti?

—Bueno, bueno no dramaticemos —murmuró la joven adoptando una actitud conciliadora—. No es que me considere superior a ti. Es, simplemente, que yo jamás me casaría con un muchacho de tu edad.

—Pues, tengo la misma edad que tú, treinta años recién cumplidos. No soy un niño, como aquel que dice.

—Mira, Miguel. Dejémoslo estar. Hay otras consideraciones que no hace al caso nombrar y que no te presentan precisamente como al ideal del hombre con quien yo me casaría.

—¡Oh, comprendo! —exclamó Miguel Ángel en el paroxismo de su furor y su despecho—. No soy tu tipo. No soy un sabio ni me intereso en absoluto por los temas científicos. ¡No puedes enamorarte de mí, simple capitán de fragata de la Armada Sideral! ¿De qué iban a versar nuestros coloquios a la luz de la luna? ¿De amor? ¡Qué ridiculez! Tú sólo entiendes de bacterias, de infusorios, de células, de amibas y demás bichos minúsculos y repulsivos. Es lo único capaz de acelerar los latidos de tu corazón de científico. Y yo que lo sabía, tonto de mí, vengo a hablarte en el lenguaje universal del amor. ¡Bah! ¿Qué sabes tú de eso? El amor es un sentimiento exclusivo de las personas normales, y tú no lo eres.

La profesora Castillo que presenciaba inconmovible aquel desbordamiento oratorio del joven capitán de la Armada Sideral, sonrió un poco forzadamente.

—¿Has terminado ya de decir tonterías? —preguntó.

Miguel Ángel la contempló con ojos furiosos, todavía más despechado ante su evidente impotencia para hacerla salir de su irritante pasividad.

—Sí, ya he terminado —resolló con fuerza.

—Pues si te has desahogado y te sientes más tranquilo… toma estos papeles y sácalos al salón —dijo la profesora señalando un montón de folios mecanografiados que había sobre la mesa.

Miguel Ángel la miró respirando entrecortadamente. Un chispazo de malicia centelleó en sus pupilas.

—¿Son éstos los papeles? —dijo señalándolos.

—Sí. Ten cuidado en no dejarlos caer. Son el resumen de nuestros estudios sobre el animal de titanio que examinamos.

Miguel Ángel cogió la pirámide de papeles sujetándola con la barbilla y echó a andar hacia el salón de estar, seguido de Polonia que iba empujando la máquina de escribir montada sobre ruedas.

Entraron en el salón.

—Profesor Castillo, señor Valera —dijo Miguel Ángel deteniéndose en el centro de la habitación—. Me despido de ustedes.

—¿Se marcha ya, Miguelito? —dijo el profesor Castillo sin levantar la cabeza de un libro de apuntes.

—Sí. ¡Adiós! —gruñó el oficial. Y echando por lo alto la pirámide de papeles los desparramó por toda la sala, dando lugar a un loco revoloteo de hojas que formaron a modo de una niebla artificial a su alrededor.

Abriéndose paso a manotazos por entre aquella densa nevada de papel se encaminó hacia la puerta.

—¡Idiota! ¡Crío, más que crío! —chilló la profesora Castillo con lágrimas de indignación en los ojos—. Eso es lo que eres. ¡Un crío mal educado!

Un portazo que hizo retemblar toda la casa fue la única respuesta que obtuvo. Los tres sesudos sabios contemplaron con desaliento la alfombra de papel mecanografiado que cubría el piso.

CAPÍTULO III

MIGUEL Ángel pernoctó aquella noche en un “parador” de Washington para oficiales de la Armada, y a la mañana siguiente tomó el aerobús de San Francisco.

En la casa paterna de San Francisco esperaba a Miguel Ángel un buen revolcón. Su padre, que estaba recogiendo las hojas secas del jardín con su rastrillo, le detuvo con una mirada de basilisco cuando se disponía a abrazarle; dejó parsimoniosamente apoyado contra un árbol el rastrillo y dijo mientras se quitaba los guantes:

—Sígueme adentro, caballerito.

Por el acento y la actitud de su padre, Miguel Ángel coligió que éste se había enterado de alguna forma de su participación en la correría de Urano. Naturalmente, no pensó que su severo padre fuera a abofetearle por aquella acción ejecutada contra su deseo. Pero esto fue precisamente lo que ocurrió.

Apenas entraron en la casa, y en presencia de la señora Aznar que salía de la cocina con los ojos chispeantes de alegría, don Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor honorario de las Fuerzas Armadas Terrícolas, levantó la mano y plantó en la mejilla de su hijo la bofetada más soberana que éste recibiera jamás.

—Esto —dijo el “superalmirante”— para que te sirva de recuerdo cuando se te ocurra desobedecerme otra vez.

Miguel Ángel, que había salido dando traspiés por efecto de la bofetada, se sintió dominado de súbita rabia.

—¡No puedes hacerme eso! —gritó empalidecido—. ¡Soy mayor de edad y responsable de mis propios actos!

—Tú lo que eres es un imbécil —barbotó el “superalmirante” avanzando hacia el joven con la evidente intención de abofetearle de nuevo.

La señora Aznar lanzó un grito y corrió a interponerse entre los dos hombres.

—¡Miguel Ángel! —gritó la dama cubriendo a su hijo con su cuerpo esbelto y tembloroso—. ¡Estate quieto si no quieres que aquí pase algo gordo! ¡No puedes pegarle al muchacho como si fuera un crío! ¡Ha cumplido treinta años, por si no lo recuerdas!

—¡Tendrá trescientos y seguirá siendo un botarate! —rugió el temible "superalmirante"—. ¡Le prohibí que se embarcara en esa estúpida aventura de Urano! ¿Qué me dirías si le hubieran matado?

—No diría más sino que tú tienes la culpa de todo.

—¿Yo? ¡Válgame el cielo; sólo me faltaba por oír esto! ¡Yo le prohibí terminantemente que tomara parte en aquella expedición!

—Pero cultivaste en él desde que era niño el amor al peligro, a la aventura y a las empresas temerarias y difíciles. ¡Temías que no resultara un Aznar de los de pura cepa, sólo porque físicamente no se parecía a ti! Y ahora que lo que lleva dentro de Aznar asoma la oreja, no se te ocurre cosa mejor que emprenderla a golpes con él. ¡Yo creí que su hazaña te haría sentirte feliz!

Y diciendo esto, la bella señora Aznar se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar desconsoladamente yendo a dejarse caer en una silla.

Los dos hombres se contemplaron con el ceño fruncido. Luego, mascullando algo ininteligible, el "superalmirante" fue a consolar a su joven y bella esposa. Ésta le recibió con un estufido que hizo retroceder a don Miguel Ángel barbotando maldiciones.

—¡Sí; si encima tengo yo la culpa de todo lo malo que ocurre en esta casa! ¡Bah! Ya sé que estoy de sobra aquí. Madre e hijo, hijo y madre, todos aliados contra mí. ¡Brrrr!

Y saliendo de la casa a grandes zancadas volvió al jardín y empuñó el rastrillo.

Mientras tanto, en la casa, la señora Aznar miraba severamente a su hijo a través de las lágrimas que empanaban sus lindos ojos.

—No debiste desobedecer a tu padre, Miguel Ángel —le reconvino—. No tienes idea de lo furioso que se puso cuando el almirante Hidalgo le telefoneó esta mañana para decirle que ya teníamos un modelo de las armas que utilizan los hombres de titanio… y que habías sido tú el autor de la hazaña. Le indignó, sobre todo, que Hidalgo te permitiera ir sin consultárselo a él. ¡Tuvieron palabras bastante fuertes a causa de esto!

—El almirante Hidalgo no tiene la culpa. Yo mismo fui a pedirle

personalmente que me dejara ir con el comando. Y él tuvo que ocultárselo a papá, ya que de lo contrario papá no me hubiera dejado ir.

—¡Pero hijo mío! ¿Era preciso que fueras precisamente tú?

—Alguien tenía que ir, mamá.

La señora Aznar miró severamente a su hijo.

—Bueno, olvidémoslo —suspiró—. Lo importante es que has regresado con vida. Mejor es que no lo haya sabido hasta hoy. ¡Habría muerto de angustia pensando en las cosas malas que podían ocurrirte!

Una hora más tarde la señora Aznar asomó a la terraza y llamó:

—Miguel Ángel padre. ¡A comer!

El "superalmirante" entró como a desgana, fue a la cocina y se lavó las manos parsimoniosamente. Miguel Ángel, que esperaba sentado a la mesa, vio entrar a su madre a la cocina. Escuchó algunas risas sofocadas, y luego el chasquido de un beso.

El don Miguel Ángel Aznar que salió de la cocina era otro completamente distinto.

—Bien, botarate —dijo tomando asiento a la mesa—. Cuéntame las majaderías que hiciste en Urano.

Era una manera de enmascarar la enorme curiosidad que sentía. Miguel Ángel empezó a narrar la aventura; seca y concisamente al principio para entrar en más prolijos detalles a medida que avanzaba en la narración. Su padre le escuchó del principio al fin sin pestañear, brillantes las pupilas de excitación.

Miguel Ángel Aznar, padre, era un luchador innato, un hombre nacido para la aventura y el peligro. En sus oscuras e inteligentes pupilas no había sólo interés. También nostalgia y dolor. Dolor de verse postergado por la edad. Que, aun siendo feliz, notaba falta de las inquietudes y emociones de su ajetreada juventud.

El señor Aznar evitó hacer comentarios cuando su hijo dio fin al relato. Su satisfacción, el orgullo que sentía, lo ocultó exclamando:

—¿Así que ya tenemos una muestra de esos proyectores de luz sólida? Bueno, bueno. Esperemos que nuestros sabios le encuentren pronto el intríngulis para que podamos fabricarlos en gran serie y tratar de igual a igual a los forasteros.

Miguel Ángel, entonces, relató la conversación que la tarde anterior sostuvo con el profesor Castillo y el profesor Valera.

—¡Caramba, caramba! —murmuró el “superalmirante” reflejando en su rostro la gran preocupación que sentía—. Eso pudiera ser grave, ¡muy grave!

—Si lo que supone el profesor Castillo resultara cierto y los hombres de titanio trastornaran la naturaleza del Sol, nosotros tendríamos que evacuar rápidamente estos planetas huyendo hacia Redención o los planetas nahumitas —dijo Miguel Ángel.

—¿Emprender de nuevo el éxodo lejos de aquí? ¡Oh, no! —exclamó el “superalmirante”—. Nuestra humanidad ha vivido ya dos veces el horror de un exilio en masa. ¡No podemos consentir que tamaña catástrofe ocurra una vez más!

La llegada de visitas interrumpió la conversación entre padre e hijo. Los recién llegados eran Otis Aznar, la hermana de Miguel Ángel, y el marido de ésta, un futbolista de fama internacional llamado Gerardo, al que su suegro detestaba cordialmente. Era la primera visita que el joven matrimonio hacía a los abuelos maternos de la criatura, que el futbolista llevaba orgullosamente en brazos y, naturalmente, todas las atenciones se volcaron sobre el pequeño.

Miguel Ángel, que por haber estado dos meses fuera de la Tierra no conocía a su sobrino, lo tomó desmañadamente en brazos.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Miguel Ángel.

—¿Como yo?

—Como su abuelo —gruñó el “superalmirante”—. Si Dios no lo impide, será el primer Miguel Ángel de la familia Aznar… futbolista. ¡Lo que me faltaba por ver!

—Cualquiera diría que es una deshonra para la familia tener un miembro futbolista —protestó Otis Aznar con lágrimas de enojo en sus lindos ojos—. No te preocupes. Afortunadamente mi hijo no se llamará Miguel Ángel Aznar, sino Miguel Ángel Otero. Quedan para los nietos que tengas de tu hijo el ilustre apellido Aznar y todos los cargos de almirante de la Armada Sideral.

—¡Otro que tal! —refunfuñó el “superalmirante” mirando a Miguel Ángel—. Éste se casará con una profesora de biología, y todos sus hijos, aunque se llamen Aznar, serán hurones de laboratorio.

Miguel Ángel estuvo a punto de decir que no quedaba apenas

una probabilidad entre un millón de que fuera a casarse con una profesora de biología. Pero tanta amargura le produjo el recuerdo de su fracaso de la tarde anterior que no se atrevió siquiera a mencionarlo.

Los Otero, que residían en Madrid, habían venido decididos a pasar un par de semanas con los abuelos de la criatura. Con un futbolista internacional en la mesa se comprende fácilmente que la conversación de aquella noche versara exclusivamente sobre la reñida competición de Liga que por aquellas fechas se estaba disputando entre los estados terrícolas. Gerardo sufría una ligera lesión en un tobillo y estaba exento de participar en los cuatro próximos partidos.

El pobre chico creía que el equipo español no ganaría un solo partido mientras durara su ausencia del verde césped. Pensaba aprovechar su estancia en San Francisco para "llegarse" a Sídney y presenciar el partido que su equipo iba a jugar contra los australianos.

Miguel Ángel dedicó los tres días siguientes a podar las parras del jardín, a cambiar de sitio algunos cuadros, a repasar el aerobote de su padre con vistas al próximo viaje a Australia y a charlar con su cuñado.

Mientras tanto, el "superalmirante" no dejaba de importunar a sus numerosas amistades en la alta esfera del Gobierno y el Estado Mayor General, manteniéndose al tanto de los más recientes sucesos.

El profesor Castillo y el profesor Valera habían presentado un informe conjunto al Estado Mayor apuntando la probable incompatibilidad de la naturaleza de titanio con el sol metálico que era fuente de luz, de vida y calor para la humanidad que habitaba los planetas terrícolas. El Estado Mayor estaba consultando con un grupo de sabios que, naturalmente, no conseguían ponerse de acuerdo.

Mientras tanto, en los laboratorios de las instalaciones del desierto de Nevada, otro grupo de científicos e ingenieros trabajaban noche y día en un intenso esfuerzo para arrancarle el secreto de la luz sólida a la lámpara-pistola cobrada por el comando que Miguel Ángel mandó en Urano.

Todas las mañanas y todas las tardes, durante cuatro días, el

almirante mayor llamó por teléfono al profesor Ferrer recibiendo la misma exasperante respuesta:

—Todavía no hay nada. Seguimos trabajando… hacemos ensayos… Esperamos resolver el problema de un momento a otro.

Al cuarto día, lunes en San Francisco y domingo en el hemisferio oriental, Miguel Ángel y su cuñado se embarcaron en la lujosa nave del almirante mayor para volar sobre el inmenso Pacífico y aterrizar en Sídney. Aquella misma noche, después de presenciar el partido que se resolvió en un empate, los dos cuñados emprendieron el regreso a San Francisco.

Debido a la diferencia horaria de ambas orillas del Pacífico, los viajeros aterrizaron en el jardín de la casa del almirante mayor cuando empezaba a alborear, Miguel Ángel guardó el aerobote en el hangar y entró en la casa procurando no hacer ruido. Pero cuando marchaba de puntillas por el pasillo la luz de la habitación de sus padres se encendió y el propio "superalmirante" apareció en la puerta en pijama y zapatillas.

—Buenos días, papá. ¿Os hemos despertado?

—Estaba despierto —dijo el "superalmirante" cerrando la puerta y cruzando el pasillo para encender la luz de la cocina—. No he podido pegar ojo desde que Ferrer me telefoneó a media noche.

Miguel Ángel sintió acelerar los latidos de su corazón.

—¿Lo consiguieron ya? —preguntó conteniendo el aliento.

—¡Ajajá!

—¡Cielos, eso es estupendo!

—Sin duda. Los intrusos acomodados en Urano tienen seis meses de plazo para aniquilarnos o renunciar a toda idea de someternos. Ese es el tiempo que necesitamos para armar a nuestra Armada Sideral con los nuevos proyectores de luz sólida. Ven, vamos a destapar un par de botellas de cerveza.

Miguel Ángel entró en la cocina en pos de su padre. El "superalmirante" quitó las chapas metálicas a un par de botellas y escanció la espumeante cerveza en sendos vasos. Sus movimientos eran rápidos y optimistas. Una sonrisa gozosa le bailoteaba en la comisura de los labios. Era un hombre feliz.

—¿Necesitamos medio año para tener armados de esos rayos a todos los buques de nuestra Flota? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí. Y no tendremos que dormirnos para hacerlo en este tiempo

—contestó el “superalmirante”.

—O sea, que si los hombres de titanio se decidieran a atacarnos antes de seis meses, nosotros no estaríamos en condiciones de rechazarles.

El almirante mayor bebió la mitad de la cerveza de su vaso y se limpió la boca con la manga del pijama.

—He estado dándole vueltas al asunto allá en la cama —murmuró—. Una cosa que nunca he podido comprender es por qué los intrusos se avinieron a parlamentar en vez de lanzarse sobre nosotros con sus malditos rayos y hacernos pedazos.

—El profesor Castillo dijo que, posiblemente, la humanidad de titanio era más civilizada que la nuestra y no deseaba causarnos ningún daño.

—Castillo es un gran sabio, aunque chiflado. Ahora sabemos por qué los hombres de titanio no se alzaron al ataque. ¿Para qué iba a gastar energías en una guerra inútil, si saben que moriremos como ratas en cuanto hagan esa transmutación del Sol?

Miguel Ángel se detuvo en el movimiento de acercar el vaso a sus labios.

—Así, ¿crees que ha sido por eso por lo que no han atacado? —preguntó.

—Estoy seguro. Y mira; la calma con que se han tomado la cosa es la mejor prueba de que piensan formalmente fusilarnos al Sol.

—No es una prueba concluyente —objetó Miguel Ángel—. Pudiera ser que Castillo estuviera en lo cierto y esta raza de titanio deseara convivir pacíficamente con nosotros.

—Pudiera ser, pero yo no lo creo. Y, desde luego, no me fiaría de promesas, aunque lo creyera. Lo que sí haría, a fin de sentirme más tranquilo, sería enviar un nuevo comando a Urano para que tratara de capturar a uno de esos extraños tipos y lo condujera, vivo, a presencia del profesor Castillo. Una vez supiéramos cómo les sienta nuestro Sol estaríamos en condiciones de discernir entre lo que han prometido y lo que realmente se proponen hacer. Esa es la única forma de salir de dudas de una vez.

Miguel Ángel asintió y bebió un largo trago de cerveza.

—¿Y Ferrer, qué dijo? —preguntó luego volviendo al tema de los rayos de luz sólida.

—Me sugirió que si nos dejábamos caer por el desierto de

Nevada alrededor de las diez, quizá tuviéramos ocasión de presenciar la primera prueba de un proyector de luz sólida enteramente construido en la Tierra.

—¿Y vamos a ir?

—¡Vaya! ¡Por nada del mundo me perdería un espectáculo tan estupendo! ¡Rayos de luz que atraviesan una coraza de “dedona”! ¿Quién lo hubiera dicho en los tiempos que peleábamos contra el Imperio de Nahum enfrentando buque contra buque, torpedo contra torpedo y coraza contra coraza? Buen salto han dado los armamentos desde entonces. Creíamos que con la técnica de empequeñecer la materia habíamos llegado al punto de máxima perfección. ¡Y viene un rayo de luz y lo echa toda abajo! Volvemos a estar como al principio de la Historia, cuando se luchaba a trabucazo limpio.

—Sí —dijo Miguel Ángel riendo—. Sólo que ahora todo es infinitamente más complicado.

El superalmirante exhaló un suspiro.

—En fin —dijo—. Vamos a preparar nuestro desayuno. No quisiera llegar tarde a la prueba.

Y no llegaron tarde.

Eran las nueve y treinta minutos de la mañana cuando la falúa del Almirante Mayor honorario de la Armada se posaba en el patio de estacionamiento de las instalaciones del desierto de Nevada. Un guardián identificó a la persona del “superalmirante”, hizo una consulta telefónica y, finalmente, condujo a la pareja hasta un enorme taller donde un centenar de hombres y mujeres trabajaban afanosamente en torno a una máquina parecida a un cañón corto y grueso, que estaba montada sobre una plataforma móvil.

El profesor Ferrer, que estaba muy atareado comprobando un espantoso lío de conexiones eléctricas, les vio y les saludó distraídamente con un movimiento de cabeza.

Los Aznar llevaban allí más de quince minutos cuando empezaron a entrar grupos de gente; almirantes de la Armada Sideral y generales del Ejército Terrícola en su mayor parte, los cuales venían también a presenciar la primera prueba del cañón de luz sólida. Uno de entre estos grupos lo formaba el almirante Hidalgo, jefe del Estado Mayor General, al cual acompañaban algunos ayudantes y compañeros de armas.

El Almirante Mayor, que había tenido algunas palabras fuertes con Hidalgo a propósito de la participación de Miguel Ángel en la aventura de Urano, rehuyó el encuentro con éste haciendo como que no lo veía. Pero Hidalgo, que estimaba sinceramente al "superalmirante" y sabía que éste jamás se doblegaría a él, se acercó sonriendo cual si nada hubiera ocurrido.

—Buenos días, almirante Aznar.

El Almirante Mayor miró la mano que se le ofrecía. Y como no era rencoroso, aunque tenía un genio terrible, estrechó la mano amiga sin mentar para nada lo ocurrido.

—¿Cómo acabó la discusión de los científicos? —preguntó.

—Todavía no ha terminado. Y va para largo. Ya sabe usted cómo son los sabios. Una vez emiten una opinión jamás se vuelven atrás de lo dicho. Están todos ellos tan tremendamente celosos de su prestigio, que antes se dejarían matar que darían su brazo a torcer.

—¿Por qué no manda un comando a Urano para que capture a uno de estos tipos de titanio y podamos salir de dudas de una vez? —dijo el "superalmirante"—. Tendría maldita la gracia que mientras nuestros sabios discuten, los sabios de "ellos" estuvieran llevando adelante el diabólico plan de transmutar nuestro Sol. Toda la vida de estas plantas sería aniquilada, haciendo inútil la carrera de armamentos que nos proponemos emprender.

—Anoche —dijo Hidalgo— el Estado Mayor General decidió enviar un comando a Oberón.

—¿Por qué a Oberón?

—Porque allí, en lo que fueron instalaciones de nuestra antigua base, parece ser que han establecido su cuartel general de operaciones los hombres de titanio. No existe otro lugar más apropiado para que podamos coger prisioneros… y quizá también para averiguar algo de lo que se proponen hacer los intrusos.

—Pero Oberón es un satélite muy pequeño. ¿Cómo vamos a llegar hasta él sin ser vistos?

—Muy sencillo; valiéndonos de una estratagema. Designaremos una comisión para que gire una visita de cumplido a Oberón. Es de esperar que al menos el buque en que viajan los parlamentarios reciba autorización para aterrizar en el satélite. El comando irá en el mismo crucero. Éste descenderá hasta casi rozar el suelo y dejará caer por la escotilla inferior a los comandos. Ya saben ustedes que

toda la superficie de Oberón está cubierta por una capa de polvo cósmico de dos o tres metros de espesor. Los comandos, metidos en las mismas armaduras que se utilizaron para la incursión de Urano, quedarán enterrados en aquel fino polvo por su propio peso. Cuando en la base de Oberón sea de noche, el comando emergerá del polvo y tratará de entrar en el refugio subterráneo. De ahí en adelante el éxito o el fracaso queda supeditado a la suerte y a la inteligencia e iniciativa del comandante del grupo. Hace falta, desde luego, un hombre experimentado y capaz para dirigir este comando.

El almirante Hidalgo miró significativamente a Miguel Ángel y éste sintió acelerar los latidos de su corazón.

Don Miguel Ángel Aznar también leyó la intención en los ojos del almirante, porque exclamó:

—¿Ya está usted pensando de nuevo en Miguel Ángel para capitanear ese comando?

—No le obligaré a participar en la aventura —repuso el almirante—. Pero si él se ofreciera espontáneamente para esta misión le aceptaría con mucho gusto… incluso contra la oposición de usted, señor Aznar.

—¿Pero usted se ha empeñado en matarme al único hijo que tengo? —gritó el “superalmirante”—. ¿Por qué no escoge a otro hombre? ¡Hay millares de oficiales con más experiencia que él, especialmente adiestrados para esta clase de misiones!

—Sólo hay otro hombre al que yo confiaría una misión de esta índole, señor Aznar. Y ese otro hombre es usted mismo. ¿Quiere encargarse de ello?

—Eso no lo dirá en serio —dijo el “superalmirante” enrojeciendo hasta las orejas—. ¡Sabe muy bien que soy capaz de aceptar!

—¡Oh, lo sé! —exclamó Hidalgo echándose a reír—. Pero no hablaba en serio. Sólo quería cogerle en una trampa. ¿Por qué, si a usted mismo le gustaría encargarse de esta misión, se opone a que lo haga su propio hijo?

—¡Toma, pues precisamente porque es mi hijo!

—Pero si usted estuviera en el caso de él, ¿no iría, aunque se opusieran sus padres? —preguntó Hidalgo capciosamente.

A lo que don Miguel Ángel contestó:

—Hidalgo, está fomentando usted la desobediencia filial de este

muchacho. Eso no está bien. Además, es innecesario. Ya me desobedeció una vez y volverá a hacerlo de nuevo cuando su criterio discrepe del mío. Así que irá a Oberón.

—¿Me das permiso? —preguntó Miguel Ángel sin dar crédito a sus oídos.

—No, no te lo doy. Pero sé que irás de todos modos —dijo el señor Aznar con acento de amargura.

Miguel Ángel se abstuvo de hacer ninguna promesa. Aunque le hubiera gustado tranquilizar a su padre asegurándole que no iría, no podía hacerlo. Desde lo más hondo de su ser, su espíritu aventurero clamaba por embarcarse en esta nueva y arriesgada empresa.

En aquel momento, los obreros e ingenieros que habían estado trabajando en torno al cañón se apartaron. Sólo quedaron junto a la plataforma tres hombres, entre ellos el profesor Ferrer.

—Parece que va a empezar la prueba —indicó el almirante Hidalgo.

Un tractor enganchó la plataforma y la sacó rodando lentamente del taller. Los obreros, ingenieros y científicos que habían estado trabajando en el cañón lo siguieron a la distancia de unos pasos. Los invitados echaron detrás formando un grupo y en pos de éstos salieron todos los trabajadores que quedaban en el taller.

La extraña comitiva salió al aire libre. El tractor y el cañón siguieron hasta el borde de la explanada asfaltada y allí se detuvieron. A una distancia de 500 metros, un grupo de obreros se retiraba con sus vehículos y herramientas después de haber levantado sobre un basamento de cemento una fila de grandes planchas metálicas, puestas unas detrás de otra a intervalos regulares de un par de metros.

El profesor Kranper, uno de los científicos que estaban junto al cañón, tomó un micrófono y dijo por un circuito de altavoces:

—Señores. Vamos a realizar la primera prueba del cañón-proyector de luz sólida. En esta prueba nos proponemos determinar la capacidad penetradora de un rayo de luz sólida. Para ello hemos plantado en el desierto una fila de veinte planchas de “dedona”, cada una de ellas de diez centímetros de espesor. La plancha de “dedona” de diez centímetros es, como ustedes saben, el máximo espesor de las corazas de nuestros buques siderales. Sabemos que en

la batalla sideral de Urano los rayos del enemigo atravesaron de parte a parte el casco de nuestros cruceros acorazados. En la prueba que va a seguir nos proponemos averiguar cuál es el espesor que debieran haber tenido las corazas de nuestros buques para salir indemnes del impacto de un chorro de fotoelectrones. Con su permiso, vamos a empezar.

Se hizo el silencio. El profesor Ferrer y su ayudante enfilaron el extraño cañón contra la fila de planchas que se levantaban a medio kilómetro de distancia. Luego, prudencialmente, tanto Ferrer como el ayudante y el profesor Kranper se retiraron a cierta distancia.

El profesor Ferrer se puso de cuclillas ante una pequeña caja provista de un botón eléctrico.

—¿Preparados? —preguntó Kranper.

—Preparado.

—¡Fuego!

El profesor Ferrer oprimió con el pulgar el botón eléctrico del deflagrador. En medio de una tremenda expectación, un rayo de brillante color amarillo, no más grueso del espacio que podía abarcarse entre dos pulgares y los índices de las dos manos juntas, brotó como un relámpago de la boca del cañón y cruzó el espacio con seco y ruidoso trallazo.

El dardo amarillo cayó sobre la primera plancha de la fila y se le vio prolongándose por el otro lado y cruzando el desierto para perderse en el espacio.

Cuando los observadores se trasladaron al blanco, unos minutos más tarde, no pudieron acercarse a menos de diez pasos de las planchas debido al intenso calor que éstas irradiaban.

Las veinte corazas habían sido completa y limpiamente atravesadas por el dardo amarillo, el cual había dejado en cada una de ellas un agujero que se correspondía matemáticamente con los agujeros de todas las demás.

CAPÍTULO IV

NO fue hasta primeros de enero cuando Miguel Ángel Aznar, recién ascendido al grado de capitán de navío, llegó a la Base Sideral de Ganímedes para ponerse al frente del comando. Su padre, don Miguel Ángel Aznar y Aznar, le acompañaba.

El “superalmirante”, echando sin duda de menos los riesgos que había corrido a lo largo de su azarosa existencia, había pedido y obtenido del Estado Mayor la comisión de encabezar a los parlamentarios que en breve visitarían en Oberón a los hombres de titanio.

—Eso es un disparate —aseguró Miguel Ángel al tener noticias de lo que pretendía su padre—. Imagina que los hombres de titanio os cogen prisioneros a toda la embajada.

—¿Para qué habían de hacerlo? —contestó el “superalmirante”.

—¿Qué sé yo? Para interrogaros acerca de nuestros planes… quizá para servirse de vosotros como conejillos de indias, como el profesor Castillo se propone hacer con los prisioneros que traigamos de allá.

—¡Bah! Ya cogieron bastantes prisioneros entre los náufragos de la primera batalla sideral que tuvimos contra ellos. ¿Sabes que se cuentan más de mil desaparecidos? Por cierto, que la reclamación de esos prisioneros va a ser una de las primeras cosas a tratar con los extranjeros y el mejor de los pretextos.

Miguel Ángel comprendió que los peligros del viaje, lejos de hacer disuadir a su padre, contribuían precisamente a animar a éste. Y entonces desistió de todo intento de convencerle para que renunciara formar parte de la embajada.

Casi la primera persona que los Aznar se echaron a la cara al desembarcar en Ganímedes fue al profesor Adolfo Ferrer. En la acción anterior de Urano, Miguel Ángel estuvo al tanto de todos los preparativos y pudo escoger por sí mismo a los cuatro hombres que,

aparte del profesor Ferrer, le acompañaron en la aventura.

En la ocasión presente y casi a la hora de emprender la marcha, el jefe del comando ignoraba cuántos y qué hombres iban a acompañarle. Pero la presencia de Ferrer en Ganímedes le inspiró una certera sospecha.

—¿Cómo, usted aquí? —exclamó cuando le estrechaba la mano —. ¡No me diga que también anda metido en el ajo!

—¿Verdad que apesto? —preguntó el ingeniero.

—¡Caramba, caramba! —murmuró Miguel Ángel, agradablemente sorprendido—. ¿Y en calidad de qué nos acompaña esta vez?

—En calidad de víctima. Ya en Urano estuve a punto de perder la piel. Esta vez la dejaré en Oberón. Ya sabe usted: nunca fueron buenas segundas partes.

Miguel Ángel miró curiosamente al rostro del ingeniero, el cual reflejaba auténtica preocupación.

—¿Por qué no se ha excusado de tomar parte en esta misión, si no se siente usted seguro? —preguntó.

Ferrer se encogió de hombros.

—Quizá pueda arreglarlo yo —insinuó Miguel Ángel.

—¡No, de ninguna manera! —protestó el ingeniero—. No negaré que sienta miedo. Pero también lo tenía la primera vez. Yo no soy un soldado profesional, ni tampoco lo soy por temperamento. Pero como científico tengo verdadero interés en acompañarles a Oberón. Así que no diga nada a nadie. ¿De acuerdo?

Miguel Ángel asintió, aunque sin comprender del todo las razones del profesor.

—Estamos alojados en el Parador para turistas —anunció Ferrer animándose.

—¿Estamos? ¿Quiénes? —preguntó el oficial con extrañeza.

—Pues los señores senadores de la comisión de parlamentarios. Y también la profesora Castillo.

—¿La profesora? ¿No querrá decir, Pol Castillo?

—Polonia Castillo, sí. ¿No lo sabe? También es del grupo.

—¿Que viene a Oberón?

—Sí, con el comando.

—Dirá con la comisión de parlamentarios.

—No. Con nosotros; es decir, formando parte del comando.

—¡Imposible!

—Ella misma solicitó tomar parte en el asunto. El Estado Mayor ya había designado otro experto en biología. Pero cuando la señorita Castillo reclamó este puesto, las preferencias se inclinaron por ella. Parece la más adecuada, pues ha estado trabajando con su padre desde el principio en este asunto de los hombres de titanio.

—¡Oh, no! —exclamó Miguel—. ¡No lo permitiré! Una mujer en el comando, sobre todo tratándose de una mujer inexperta en esta clase de empresas, no haría sino crear dificultades y aumentar el porcentaje de probabilidades adversas. La señorita Castillo no formará parte del comando… o yo no formaré parte de él —acabó asegurando.

—Creí que era usted un buen amigo de la señorita Castillo.

—Por eso mismo que lo soy no permitiré que cometa un disparate. Iré ahora mismo a hablar con el contraalmirante Zabata.

En efecto, Miguel Ángel quedó en encontrarse más tarde con su padre en el parador de los turistas y salió en busca del contraalmirante Zabata, el cual era el encargado de equipo y organizar el comando.

Zabata no estaba en su despacho, aunque no tardaría en volver según le dijeron.

Decidido a esperar cuanto fuera necesario, Miguel Ángel tomó asiento. No llevaba allí ni dos minutos cuando vio llegar a la señorita Sofía Medina, que ostentaba flamantes galones de capitán de navío.

—¡Sofía! —exclamó Miguel Ángel saltando impetuosamente en pie.

Pero habiendo olvidado las leyes gravitatorias de Ganímedes, que no era más que un satélite del planeta Júpiter, el impulso de sus músculos terrestres le hizo elevarse un metro de altura y perder el equilibrio, yendo a caer grotescamente sobre las rodillas y manos en el suelo.

—¡Hola, señor saltamontes! —rió la muchacha.

Muy humillado, Miguel Ángel se incorporó mascullando una maldición.

—No sabía que estuviera usted en Ganímedes —murmuró. Y señalando los galones nuevos—: ¿Capitán de navío, eh? Enhorabuena.

—Lo mismo digo, capitán.

Se contemplaron; él embarazado, ella con sonrisa entre irónica y triste.

—La encuentro cambiada, Sofía —dijo Miguel Ángel. Y era sincero.

—¿Más guapa?

—Sí, también más guapa. Pero sobre todo más… más, no sé cómo. Más mujer, quizá. ¿Ha tenido usted alguna contrariedad de índole sentimental últimamente?

—No, ninguna —aseguró la joven. Pero enrojeció y rehuyó el encuentro de los ojos de él.

Y ésta fue la primera vez que Miguel Ángel sospechó que ella le amaba.

—Bien —dijo con acento intrascendente—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Venía a hablar con Zabata? No está.

—No venía por Zabata. Le vi a usted de espaldas cuando entraba en el pabellón y corrí detrás para saludarle. ¿Sabe que salimos mañana?

—¿Hacia Oberón quiere decir? ¿Es que forma usted parte de la expedición?

—Soy su segundo en el comando. ¿Es que no lo sabía?

Miguel Ángel se la quedó mirando entre sorprendido y enojado. Enojado, precisamente, por la ignorancia en que le habían tenido sus superiores.

—Parece que todo el mundo va a formar parte del comando —murmuró. Y añadió—: No, no lo sabía. Y lo siento por usted, aunque me alegro por mí. Nunca me hubiera atrevido a designarle para el puesto de lugarteniente, en el caso de haberme dado opción a escoger la gente. Pero puesto que le han asignado el cargo… me alegro, sí. Siempre es preferible trabajar con gente a la que se conoce y estima. ¿Conoce usted a los demás?

—Tres de los hombres estuvieron en lo de Urano; el sargento Ávila, Hartley y Deval. Además se han entrenado otros dos soldados de las Tropas Especiales; Selenio y Portocarrero, mas una mujer cabo: Luisa Ventura, y otra chica soldado: Ina Gray. Todos de las tropas especiales. También vienen el profesor Ferrer y la señorita Castillo. La señorita Castillo llegó hace ocho días y ha estado entrenándose con nosotros.

—Pues han perdido el tiempo. La señorita Castillo no viene con nosotros.

—¿Están hablando de mí, muchachos? —preguntó una voz desde la puerta.

Los dos oficiales de la Armada se volvieron encontrándose con la señorita Castillo y el contraalmirante Zabata, que entraban en este momento. Los oficiales saludaron a Zabata, el cual correspondió a este saludo y dijo:

—Pasen todos a mi despacho, hagan el favor.

Y les precedió en un despacho grande, confortablemente amueblado.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Zabata lanzando diestramente la gorra hacia el perchero. Y tomó asiento en el borde de la mesa—. ¿Qué es eso de que la profesora Castillo no va a ir con usted, capitán?

Miguel Ángel, que estaba mirando ceñudamente a la profesora, se volvió hacia el contralmirante y dijo:

—No me he expresado bien. Quería decir que, o ella se queda en tierra, o soy yo el que se queda.

—¿Qué es esto? —gruñó Zabata—. ¿Un motín?

—Renuncio a mandar un comando del cual forman parte personas civiles no diestras, ni capaces, ni necesarias para cubrir el objetivo que perseguimos. La señorita Castillo no sólo está llamada a constituir un estorbo. Puede ser por sí sola causa de que todo el plan se vaya a paseo. Es inconcebible que el Mando la autorizara a venir con nosotros, y absurdo. Yo no puedo asumir la responsabilidad de lo que podría ocurrir si ella…

—¡Alto… alto! —refunfuñó Zabata alzando una mano—. Vayamos por partes, amigo mío. En primer lugar, la señorita Castillo es una persona diestra, capaz y necesaria para la misión que se le ha encomendado. En segundo lugar, usted aceptó voluntariamente la jefatura del comando. Se le designó jefe con dos meses de antelación ¡y viene a echarme a la cara su nombramiento cuando faltan menos de veinticuatro horas para emprender la marcha! ¿Cree que podemos retrasar la salida otra semana mientras yo me vuelvo loco buscando al sustituto ideal? ¡No señor! Y ahora dígame por qué se opone usted a que vaya la profesora Castillo.

—Es una mujer.

—Esa no es una razón. En el comando van otras tres mujeres, aparte de la señorita Castillo. ¿No sabe que quedaron muy atrás los tiempos en que se postergaba a la mujer?

—No es un soldado profesional.

—Tampoco lo es el profesor Ferrer, y no ha puesto usted reparos a que se le incluyera en el comando.

—Ella ignora toda noción de lo que es la disciplina militar.

El contraalmirante se volvió hacia Sofía Medina.

—¿Es cierto eso, capitán Medina? ¿Ha tenido usted alguna queja de la profesora en los días que lleva entrenándose con ustedes?

—No, ninguna. Todo lo contrario. Asimiló rápidamente nuestra disciplina y maneja armas, la armadura y el equipo como un soldado más del grupo.

—Ya lo ha oído usted, Aznar —dijo Zabata con acento triunfal.

Miguel Ángel miró acusadoramente a la señorita Medina, la cual rehuyó el choque con esta mirada. Luego se volvió hacia la profesora Castillo.

Polonia Castillo sonreía. En sus negros y rasgados ojos bailoteaba una chispita burlona y desafiante. Miguel Ángel se sintió dominado de sorda e impotente ira. También sus pupilas azules chispeaban al decir:

—¡Muy bien, cabezota! No van a quedarte bastantes días en lo que te reste de vida para lamentar el haber venido. —Se cuadró ante el contraalmirante y agregó—: Retiro mi protesta, señor. Conforme con lo dispuesto por el Mando. ¿Ordena alguna cosa más?

—Ninguna. Pueden ustedes retirarse.

Los dos oficiales saludaron y abandonaron el despacho dejando en él a la profesora Castillo. Andaron en silencio el uno al lado del otro hasta que, habiendo salido del pabellón, Miguel Ángel se volvió hacia la joven y preguntó:

—¿Por qué diablos declaró a favor de la profesora Castillo? Una palabra suya y la hubiéramos dejado en tierra.

—¿Y por qué quiere usted dejarla en tierra?

La muchacha levantó sus bellas pupilas azul oscuro clavando en Miguel Ángel una mirada que sumió a éste en profunda turbación.

—¡Diablo! —mascculló—. Pues porque… ¡porque sí, vaya! No me gusta supeditar el éxito de una empresa mía a las tonterías que pueda cometer una mujer sin experiencia.

—¿Solamente por eso? ¿No será porque está enamorado de ella y quiere evitarle cualquier riesgo?

Miguel Ángel se sintió enrojecer. Hubiera querido negar, pero no podía mentir bajo la mirada aguda, penetrante e inquisidora de los grandes y húmedos ojos de ella. Además; Sofía no le creería.

Súbitamente se sintió molesto, muy enojado.

—Si usted lo cree así —dijo— esa razón bastaba para que me ayudara a dejarla en tierra.

—Es que —contestó la muchacha recalcando cada palabra— yo no deseaba ayudarle a usted.

Y antes que Miguel Ángel saliera de su asombro, la joven saltó al estribo de un ómnibus de la Armada que salía de la Base en dirección a la cercana ciudad.

Horas después la escuadra —un paquebote sideral desarmado escoltado por un millar de cruceros— despegó de la Base Interplanetaria de Ganímedes y se adentró en el vacío sideral.

En el paquebote viajaban con toda comodidad los comisionados del Gobierno y de las Fuerzas Armadas que iban a entrevistarse con los hombres de titanio en Oberón. También iban en el mismo aparato los once miembros del comando, incluido Miguel Ángel Aznar.

La travesía del espacio desde Ganímedes a las proximidades de Urano se hizo sin novedad. Durante el viaje, Miguel Ángel estudió hasta casi aprenderlos de memoria los planos de la Base Sideral de Oberón que le entregó Zabata antes de salir.

Ninguna instrucción acompañaba a estos planos. El comando, una vez desembarcado en Oberón, actuaría según las circunstancias resolviendo cada dificultad a medida que se fueran presentando.

Para esta misión, los comandos habían sido equipados de unas armaduras especiales, copiadas fielmente de las que utilizaban los hombres de titanio. Estas armaduras consistían de un cuerpo cilíndrico alargado, aproximadamente de las dimensiones de un tambor de gasolina. Sobre la tapa superior había una esfera metálica, la cual tenía en el frente una ventanilla cuadrada a la que iba aplicado un cristal amarillo que simulaba un gran ojo de facetas.

El cilindro tenía en la parte superior dos brazos articulados que remataban en unas pinzas en forma de alicates. De la tapa inferior del cilindro salían las dos piernas tubulares, también articuladas.

Dentro de estas armaduras, enteramente construidas de plancha de “dedona”, los comandos respiraban el oxígeno de sus depósitos y disfrutaban de una temperatura que podían graduar a voluntad. En cambio no podían rascarse, sonarse ni tomar alimentos en tanto estuvieran dentro de ellas.

Como el material de que estaba hecha cada armadura era 50.000 veces más pesado que el agua, el artefacto iba equipado de una minúscula, aunque potente pila atómica. Ésta inducía eléctricamente a toda la armadura y la hacía más ligera cuanto mayor fuera el voltaje de la corriente. La corriente era también indispensable para las pistolas de luz sólida de que iban armados los comandos.

Estas pistolas, copiadas al detalle del modelo sadrita sólo funcionaban estando unidas a una fuente de energía eléctrica. La pistola se guardaba en un pequeño armario de la parte derecha del cuerpo del cilindro. En el lado opuesto llevaban otro armario igual.

Al aproximarse la escuadra de Urano, a una distancia de aproximadamente 60 millones de kilómetros, fue avistada una patrulla sideral sadrita —los intrusos se llamaban a sí mismos Pueblo de Sadra— integrada por media docena de diminutos aparatos que se pusieron a seguir a los terrícolas, si bien que manteniéndose a prudencial distancia.

Unas horas más tarde, advertida sin duda por la patrulla, apareció una escuadra sadrita de casi un millar de aparatos “Omega”; esto es, que tenían la forma parecida a la herradura.

Toda la escuadra terrícola viró entonces a babor y el paquebote siguió sólo en línea recta acortando la velocidad. La fuerza sadrita dio media vuelta y se puso a volar detrás del solitario buque terrícola.

No hubo interrogación alguna por radio ni intercambio de señales luminosas. La forma de que se valían los hombres de titanio para hablarse entre sí era uno de los tantos misterios en espera de solución. Para entenderse con los terrícolas en la única ocasión que los intrusos trataron con éstos, los sadritas se valieron de una antigua máquina de escribir thorbod, escritura que demostraron conocer perfectamente. Pero si poseían un idioma o una escritura propia eran cosas que se ignoraban en la Tierra.

En cuanto a la radio, que sin duda utilizaban para sus

comunicaciones a distancia, debía tratarse de unas ondas desconocidas, o no empleadas en los medios de transmisión terrestre.

La escuadra silenciosa siguió detrás del paquebote sideral terrícola y al llegar a las cercanías de Urano destacó un par de aparatos que fueron a situarse uno a cada lado del buque visitante, dirigiéndolo hacia Oberón.

CAPÍTULO V

Los comandos, rodeados de los miembros de la tripulación que les habían ayudado a embutirse en las armaduras, esperaban charlando y lanzando nerviosas miradas al altavoz.

El almirante mayor, don Miguel Ángel Aznar, entró en la cámara. Vestía uniforme de gran gala, con el distintivo de su alto rango —cuatro luceros de diamante incrustados en placa de acero— sobre las hombreras de su casaca escarlata.

Miguel Ángel, ya metido en la armadura a la que sólo faltaba poner la escafandra y los guantes en forma de pinzas, avanzó pesadamente saliendo al encuentro de su padre.

—¿Preparados? —preguntó el señor Aznar. Y ocultando su nerviosismo bajo un falso interés añadió—: El disfraz es muy bueno.

—Es idéntico al de los auténticos hombres de titanio… excepto en los pies. Ellos los tienen más anchos y más planos —contestó el joven Aznar—. Pero a primera vista apenas se nota.

—¡Atención los miembros del comando! —gritó el altavoz—. Diríjanse a la escotilla de lanzamiento.

Los comandos tomaron sus escafandras y abandonaron la cámara. Miguel Ángel y su padre quedaron algo rezagados.

—Sé prudente, Miguel Ángel —murmuró el “superalmirante”—. Lleváis víveres y reservas de oxígeno para muchos días. No te precipites. Tómate todo el tiempo que sea necesario antes de decidir cualquier cosa. Mi sufrimiento será más largo cuanto más tardes en regresar, pero las probabilidades de volverte a ver serán mayores.

—Descuida, papá. Tendré en cuenta tus consejos.

Los dos hombres andaron en silencio a lo largo del corredor. Batallaban inútilmente contra sus temores y presentimientos en busca de la frase ingeniosa que sirviera para ahuyentar la zozobra del momento. Pero llegaron al final del pasillo y se detuvieron sin haber conseguido romper el hielo que atenazaba sus corazones.

—No puedes entrar ahí —dijo Miguel Ángel señalando la puerta por donde entraban los comandos—. Van a practicar el vacío para abrir la escotilla.

El señor Aznar asintió y dijo:

—Bien. Nos despedimos aquí. —Tendió bruscamente la mano y murmuró roncamente—: Suerte.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Miguel Ángel estrechando con fuerza la mano de su padre.

Todavía permanecieron un instante mirándose a los ojos. El almirante mayor dio un golpecito con la mano en el férreo cilindro que envolvía a su hijo y murmuró:

—Entra.

El joven se desasió de la mano que oprimía la suya, sonrió animosamente y giró sobre sus talones diciendo:

—¡Hasta pronto!

La sólida puerta de acero se cerró a sus espaldas y Miguel Ángel se vio en una reducida cámara junto a sus diez compañeros. También había allí un oficial de la tripulación del buque enfundado en una armadura de cristal de las que utilizaban los astronautas. El oficial, que estaba en comunicación telefónica con el comandante del buque, hizo una seña indicando las escafandras.

Los comandos se ajustaron las esferas metálicas al bordón del agujero por donde sacaban sus cuellos. Todavía se perdieron unos minutos más mientras Miguel Ángel y la capitana Sofía Medina revisaban el equipo de todos los demás. Desde aquel instante todos quedaban comunicados entre sí por el minúsculo receptor-emisor de radio alojado en las escafandras.

—Espero —dijo Miguel Ángel al examinar el cierre de la armadura de Polonia Castillo— que te sientas muy dichosa en este momento. Estás donde querías.

—Me siento nerviosilla, eso es todo —contestó la voz de la joven por los auriculares de Miguel Ángel.

—Todavía estás a tiempo de volver atrás.

—He dicho “eso es todo”, capitán.

Miguel Ángel hizo una seña al oficial del buque.

—Listo el comando. Póngase los guantes.

Los comandos llevaban guantes de cristal plástico herméticamente ajustados a la funda tubular de los brazos. Sobre

estos guantes se colocaron las falsas pinzas metálicas. Ahora, Miguel Ángel veía a sus compañeros a través del cristal amarillo punteado de negro que simulaba el gran ojo de facetas de los auténticos "hombres" de titanio.

—Listo el comando —se oyó decir al oficial del buque por la radio.

La respuesta dada por teléfono no se oyó, pero en seguida se escuchó el suave ruido de la bomba que sacaba el aire de la cámara.

—Luz roja —pidió el oficial.

Y la brillante luz blanca fue sustituida por una difusa luz roja.

—Es para que vayamos acostumbrándonos a la oscuridad —dijo el profesor Ferrer golpeando con los nudillos en el cilindro metálico de la señorita Castillo.

—Cállense ahora, por favor —dijo el oficial—. Estamos frente a lo que fue nuestra Base de Oberón. Descendemos.

Se hizo el silencio. Al cabo de unos minutos el oficial señaló una pequeña luz roja del piso. Los comandos se apartaron. El oficial se acercó a uno de los mamparos y oprimió un botón eléctrico. Una trapa de casi dos metros de diámetros se levantó del piso girando sobre robustas bisagras. Los comandos se acercaron al agujero viendo a tres metros escasos la polvorienta superficie de Oberón que se deslizaba lentamente bajo sus pies.

—Prepárense.

El paquebote sideral descendió todavía más. Descendió tanto que la quilla rozó el polvo de la superficie de Oberón y parte de este polvo empezó a entrar en la cámara donde los comandos esperaban.

—¡Ahora!

—¡Sargento Ávila! —llamó Miguel Ángel.

—¡Once! —contestó el sargento por la radio.

Y dando un paso adelante se arrojó de cabeza por la escotilla.

—¡Cabo Ventura!

—¡Diez!

Y Luisa Ventura desapareció en la nube de polvo que entraba por el agujero.

—¡Portocarrero!

—¡Nueve!

—¡Selenio!

—¡Ocho!

Uno tras otro, en rápida sucesión, los comandos fueron lanzándose por la escotilla.

—¡Ferrer!

—¡Cuatro! —contestó el ingeniero avanzando y arrojándose por la abertura.

—¡Castillo!

—¡Tres! —contestó Polonia Castillo, con voz ligeramente ronca.

Y adelantándose se zambulló en el mar de finísimo polvo cósmico que formaba una capa de dos o tres metros sobre la superficie el satélite de Urano.

—¡Capitán Medina!

—¡Dos!

La muchacha se lanzó.

—Uno, capitán Aznar —murmuró Miguel Ángel.

Y dejándose caer sintió el golpe del borde de la escotilla contra la plancha metálica del cilindro de su armadura. Volteó en el vacío y se sintió caer a través de una masa blanda y fina como de harina.

Apenas las piernas del capitán Aznar habían desaparecido entre el polvo, cuando el oficial del buque oprimió un botón. La férrea escotilla cayó cerrando con golpe seco.

—El comando ha salido —anunció el hombre por teléfono.

—Vamos a aterrizar —contestó el comandante del buque.

Y en seguida se escuchó el silbido del aire comprimido que entraba en la cámara vacía.

Bajo una capa de dos metros de finísimo polvo, adonde le había arrastrado el peso de la armadura de "dedona", Miguel Ángel Aznar reposaba en posición decúbito supino sin más luz que la débil fosforescencia de la esfera luminosa del reloj alojado dentro de su escafandra.

Dos horas llevaba enterrado y todo parecía indicar que transcurriría al menos otra hora antes que el comando pudiera emerger de aquel mar de polvo. El paquebote seguía esperando a la comisión que había entrado en el refugio de la antigua base terrícola. El comando, según quedó convenido, esperaría hasta que la comisión hubiera abandonado Oberón antes de emprender acción alguna que pudiera comprometer a la embajada.

Pese a tan larga espera, Miguel Ángel no había tenido tiempo de aburrirse. Escuchaba.

Los miembros de la comisión iban todos equipados de armadura de vacío y provistos de aparatos de radio. Se suponía que los gases que actualmente llenaban los espacios del refugio subterráneo en sustitución del oxígeno eran nocivos para el terrícola.

La comisión estaba en contacto continuo con la radio del paquebote. Desde éste podía escucharse la conversación que los miembros de la comisión sostenían entre sí. Y los comandos, cuyas radios estaban sintonizadas con la del buque, podían escuchar también esta conversación y la de los radiotelegrafistas de a bordo.

De vez en cuando la comisión daba informes de lo que estaba haciendo: "Media docena de "sadritas" acababan de entrar en la cámara donde aguardábamos". "El señor Aznar ha empezado a escribir en la máquina "thorbod" que trajimos con nosotros".

A veces, Miguel Ángel podía escuchar también la voz de su propio padre al dirigirse a este o aquel miembro de la comisión. Resultaba un juego entretenido tratar de reconstruir en la imaginación la escena de la que sólo captaba el sonido de las voces. Era como si estuviera en la butaca de un cine, ante una pantalla oscurecida y siguiendo la película por la banda sonora.

—"Pregúnteles ahora qué hicieron de los náufragos que cogieron prisioneros, señor Aznar".

Seguía un rato de silencio. El tecleteo de la máquina no llegaba hasta los auriculares de Miguel Ángel, pero sí algún que otro comentario como éste: "¡Qué sensación más desagradable siente uno cuando le miran estos tipos!"

El informador decía:

—"Ahora se pone a escribir el que parece jefe de la delegación sadrita. Lo hace muy torpemente"…

Seguía otro espacio de silencio y una voz que decía:

—"Lea en voz alta lo escrito, señor Aznar."

—"Dice que los prisioneros murieron todos" —la voz del "superalmirante" enronquecía al exclamar—: "¡Los descuartizaron para estudiar su organismo!"

—"¡Y tienen la desfachatez de confesarlo!" —exclamaba una voz anónima, sofocada por la indignación.

Se armaba un barullo de voces que protestaban y amenazaban.

—"Calma, señores, calma" —reclamaba la voz del "superalmirante".

Y los comandos escucharon también algunas exclamaciones de los radiotelegrafistas del paquebote, interfiriendo la conversación.

Al llegar a este punto, Miguel Ángel Aznar rebulló en su lecho de polvo disponiéndose a escuchar con mayor atención. Se sentía intranquilo por la suerte que pudiera correr la comisión. Al fin y al cabo, si los condenados hombres de titanio quisieran retenerlos, ni el paquebote sideral, ni la pequeña escuadra que se había quedado atrás ni la Armada Terrícola en peso podrían evitarlo.

Los miembros de la comisión estaban discutiendo entre sí. Algunos abogaban por una protesta enérgica. Otros creían que debía protestarse, aunque no con demasiada rudeza. Algunos, en fin, parecían notar en el ambiente una sensación de peligro.

—“Salgamos cuanto antes” —apuntó una voz—. “Todas nuestras protestas no devolverán la vida a nuestras náufragos. Después de todo, el venir aquí fue sólo un pretexto para lanzar nuestros comandos. El comando desembarcó ya. ¿A qué esperamos?”

Desde su féretro metálico Miguel Ángel Aznar esperó con el corazón en un puño. Temía que su padre quisiera insistir, provocando con ello la irritación de los sadritas y quizá la perdición de toda la embajada.

—“¿Qué hacemos, señor Aznar?”

—“Vámonos” —contestó el “superalmirante”. Y Miguel Ángel exhaló un suspiro de alivio—. “Temo que una reclamación no haría sino empeorar las cosas. Todavía no estamos en condiciones de exigir reparaciones. Si algún día les cogemos prisioneros podremos abrirles en canal sin sentir el menor remordimiento de conciencia”.

—“Dígales que damos por concluida la entrevista y deseamos regresar a nuestro aparato”.

Los parlamentarios siguieron haciendo comentarios mientras, al parecer, el Almirante Mayor se ponía a escribir en la máquina “thorbod”. El informador comunicó al paquebote:

—“Atención, comandante Robson. Habrán estado ustedes escuchando. Vamos a salir de aquí inmediatamente. El señor Aznar entrega su nota al jefe de la delegación sadrita… la lee… ¡Nos mira! ¿Qué ha escrito ahí, almirante?”

—“Sólo que deseamos despedirnos.”

—“¡Pues está entrando más gente! Esto no me gusta nada, señor”…

—“¡Traición!” —gritó una voz estridente por los auriculares de Miguel Ángel. Y el joven saltó dentro de su cilindro sintiendo helársele la sangre en las venas.

Una barahúnda de exclamaciones y de gritos cruzó el éter a lomos de ondas eléctricas vertiéndose en los auriculares del aterrorizado capitán Aznar. La comisión terrícola debía estar luchando a brazo partido contra los hombres de titanio.

—“¡Se han lanzado sobre nosotros… obstruyen la salida!” —gritó una voz.

Maldiciones, gritos y jadeos trepidaban en los auriculares de los comandos. De pronto se escuchó un alarido de mortal agonía.

—“¡No luchen… es inútil!” —jadeó alguien en quien Miguel Ángel creyó reconocer a su propio padre.

El comandante Robson interfirió la comunicación al gritar:

—¡Aló, comisión! Aquí Robson. ¿Qué ocurre? ¡Por Dios, digan qué ha ocurrido!

—“Han disparado sus pistolas sobre tres o cuatro de los nuestros y nos han cogido prisioneros a los demás. Es el Almirante Mayor quien le habla, Robson. Márchese cuanto antes. No creo que consiga escapar, pero debe intentarlo.”

—Lo intentaré, señor.

—“Oiga, Robson, ¿cree que mi hijo nos estará escuchando?”

—¡Papa! —gritó Miguel Ángel.

Pero su voz no podía llegar hasta los auriculares del almirante Mayor.

—¿Quiere que le llame, señor? —preguntó Robson.

—“No. Basta con que me esté escuchando. Miguel Ángel, hijo mío. No quise decírtelo cuando nos despedimos, pero tenía el presentimiento que algo terrible estaba próximo a ocurrir. No sabía si era a ti o a mí a quien iba a suceder esto… y por eso callé.”

—¡Papá! —murmuró Miguel Ángel desde el lóbrego féretro de metal donde estaba enterrado.

—“Confío que los hombres de titanio nos den mejor trato que a nuestros pobres náufragos. Si no fuera así… Miguel Ángel, hijo mío, temo que se aproximen días terribles para nuestra raza. Estos sadritas que hoy nos han recibido no son los mismos que vinieron a parlamentar con nosotros hace cuatro meses. Debieron interrogar a nuestros náufragos, conocen nuestra impotencia y se sienten

seguros de su fuerza… son crueles y malvados, ¡lo sé! Lucha contra ellos con todas tus fuerzas, hijo mío. Lucha como tus antepasados lucharon contra la Bestia Gris, los nahumitas y la humanidad de Silicio. No dejéis que asesinen a nuestro Sol… atacad cuanto antes… ¡destruidlos!”

—¡Papá!

El suelo de Oberón tembló violentamente como sacudido por un terremoto. No hubo ruido alguno, porque en un mundo desprovisto de aire el sonido no podía transmitirse. Pero sin verlo ni oírlo, Miguel Ángel presintió con el corazón lo ocurrido. El paquebote sideral acababa hacer explosión bajo el terrible impacto de los rayos enemigos.

El temblor de tierra sólo duró un corto segundo y al cesar todo quedó envuelto en sepulcral silencio. En este silencio súbito, aterrador, se escuchó una voz queda que susurraba en los auriculares:

—¡Miguel Ángel!

—¡Chist… silencio! —dijo Miguel Ángel en voz baja.

Y quedó a la escucha, a la espera de que la voz de su padre pudiera llegar hasta él a través de la distancia, la mole de la montaña que gravitaba sobre el refugio y los dos metros de fino polvo bajo el cual estaba soterrado.

Pero nada oyó, excepto los latidos de su propio corazón resonando entre las paredes metálicas de su armadura y el zumbido de la corriente eléctrica en los auriculares. Un nudo de lágrimas apretaba su garganta. Miró la esfera luminosa del reloj.

Debía ser noche oscura allá afuera.

Buscó a tientas el pequeño resorte que sobresalía apenas de la unión entre la falsa pinza metálica y la manga tubular del brazo izquierdo. Lo empujó hasta la posición “tres”. Toda la armadura estaba hecha de “dedona” material que tenía la propiedad de crear un campo magnético al ser inducido eléctricamente. Sin la electricidad, el traje metálico hubiera pesado varias toneladas, incluso en Oberón, donde la fuerza de gravedad era sumamente pequeña.

En la posición 3 del resorte todo el peso de la armadura quedaba anulado y Miguel Ángel no pesaba más de lo que pesaría si abandonara su traje de “dedona”; alrededor de 15 kilogramos.

Naturalmente, la armadura no flotó. Pero pesando solamente 15 kilogramos Miguel Ángel ya podía encaramarse sobre la débil consistencia del polvo. Así que moviéndose como una lagartija y dando talonadas fue emergiendo lentamente de aquel mar de polvo hasta sacar toda la cabeza.

Miró a su alrededor. Sus pupilas, después de las varias horas que llevaban acostumbrándose a la oscuridad, pudieron ver vagamente a la difusa claridad de las estrellas que brillaban en un cielo profundamente negro, de una negrura jamás vista en el cielo nocturno de la Tierra.

A su izquierda se levantaba la inmensa mole de la montaña, recortada sobre el cielo estrellado. A su derecha, el terreno descendía en declive hasta el fondo del cráter, limpio de polvo, donde antaño se posaban los buques de guerra de la Armada Sideral Terrícola. Ahora, el enorme cráter estaba desierto.

Los ojos de Miguel Ángel se clavaron obstinadamente en la mole negra de la izquierda, como si tratara de penetrar la roca y ver a través de ella lo que ocurría en el dédalo de corredores, grutas y cámaras excavadas en las entrañas de la montaña. Un miedo atroz le mordía el corazón. Y no era miedo por él, por lo que pudiera ocurrirle a partir de este momento. Tenía miedo por lo que pudiera ser de su padre.

De pronto, una chispa de esperanza prendió en sus aniquilados ánimos. ¡Quizá pudiera rescatar al almirante!

Era una esperanza absurda, desde luego. El refugio de la montaña debía estar lleno de hombres de titanio. No podía soñar en matarlos a todos, rescatar a su padre y escapar de las escuadrillas del enemigo que patrullaban el espacio alrededor de Urano. Pero una esperanza, por remota que fuera, era mejor que nada.

Se decidió a utilizar la radio:

—Atención, muchachos. Habla el comandante. Pongan las palancas en la posición y tres y salgan.

Nadie contestó, ni siquiera para dar el “enterado”. Se había dispuesto que los comandos no hablarían nunca, a menos que se les preguntara o fuera para decir algo de verdadera importancia para todos.

Miguel Ángel continuó moviendo los pies, como si apisonara, logrando emerger del polvo hasta que éste le llegó hasta las rodillas.

No lejos de allí, a la pálida luz de las estrellas, vio surgir del polvo una grotesca cabezota.

Era la capitana Sofía Medina.

Sofía Medina pataleó y emergió del polvo como un buzo de entre el agua. Luego, hundiéndose en el polvo hasta las rodillas, se acercó a Miguel Ángel.

Los dos oficiales esperaron en silencio hasta que todos los demás fueron llegando y reuniéndose a su alrededor.

—En fila detrás de mí. Vamos.

Miguel Ángel echó a andar, hundido hasta las rodillas en aquel mar harinoso que a cada paso se levantaba en espesas nubes. La marcha era muy fatigosa, debido principalmente a la especial disposición de las articulaciones de las piernas de la armadura, las cuales impedían a los terrícolas levantar las rodillas a más de 45 grados en relación a la vertical del cuerpo cilíndrico.

Lentamente, pasito a paso, el comando avanzó sobre el polvo alcanzando al fin las primeras rocas de la falda de la montaña. Allí se detuvieron para descansar en tanto esperaban el orto de Urano sobre el horizonte de Oberón.

Urano no se hizo esperar. Sin gradual gradación de luz, cosa imposible en aquel mundo desprovisto de atmósfera, un segmento plateado asomó sobre la dentada cordillera que circundaba el cráter y el gigantesco disco de Urano empezó a elevarse cubriendo casi todo el horizonte de un extremo a otro.

Las propiedades reflectoras de Urano no llegaban ni con mucho a las del satélite de la Tierra; la Luna. Sin embargo, su disco era inmensamente mayor. Así que la luz que reflejaba sobre Oberón era aproximadamente igual al resplandor de la Luna en el cielo de la Tierra.

Pero en Oberón, mundo desprovisto de atmósfera, la luz no se refractaba en las moléculas del aire, razón por la que sólo quedaban iluminadas aquellas partes tocadas directamente por la luz. Como en pleno vacío sideral, el frente de las armaduras de los comandos vueltos hacia Urano estaban iluminados. La espalda desaparecía fundida en la más compacta e impenetrable sombra.

El capitán Aznar se quitó las falsas pinzas metálicas. Debajo llevaba los guantes de cristal, sin los cuales se le habrían congelado instantáneamente las manos en el espantoso frío sideral del cero

absoluto; 273 grados centígrados bajo cero. Oprimió un resorte oculto. Una puertecilla se abrió en la parte derecha de su armadura cilíndrica y del pequeño armario, donde llevaba la pistola eléctrica, sacó un plano que consultó a la débil claridad de Urano.

Después de examinar el plano y levantar los ojos hacia un risco que surgía de la oscuridad iluminado por el resplandor de Urano, hizo una seña para que le siguieran y echó a andar.

El camino era ahora más difícil si cabía. Detrás de las peñas la oscuridad era completa y en ella había agujeros llenos de polvo donde los comandos se hundían siendo numerosas las caídas. Cuando alguien caía, los demás tenían que ayudarle a incorporarse. Era muy difícil moverse con aquellas armaduras.

Miguel Ángel Aznar, que a cada momento consultaba el plano, se detuvo al fin.

—Despliéguense en línea y comiencen a ascender. Debe haber una puerta de escape del refugio por aquí.

El comando dio un cuarto de vuelta a la derecha y comenzó a ascender. Las armaduras de los hombres de titanio, idénticas a las que vestían los comandos, no habían sido hechas para escalar montañas. Pero es que en el mundo de donde procedían aquellas criaturas no existían grandes alturas. Se trataba con toda seguridad de un planeta gigantesco, de las dimensiones de Urano o tal vez mayores. Allí, la fuerza de gravedad sería considerable y la corteza del planeta no podría plegarse en altas montañas, como ocurría en los planetas pequeños.

En Oberón, por contraste, las montañas eran altísimas y estaban formadas por picachos rematados en afiladas agujas.

Dentro de sus armaduras, los comandos terrícolas sudaban a chorros valiéndose de manos, rodillas y pies para escalar los riscos. La puerta de escape, por fortuna, no estaba muy alta. Fue la soldado Ina Gray quien la descubrió:

—Aquí Gray. Acabo de encontrar la puerta.

Poco después el comando estaba reunido ante la sólida puerta de “dedona” que cerraba el acceso a los subterráneos del refugio.

CAPÍTULO VI

LA puerta tenía un marco, también de “dedona”, sólidamente empotrado en la roca. Solamente cinco meses atrás la puerta hubiera sido inexpugnable para cualquier clase de herramienta conocida, y para forzarla se habría tenido que atacar a la roca donde estaba empotrada, lo cual hubiera requerido un largo y pacienzudo trabajo.

La “dedona” era tan tenaz y tenía sus moléculas tan sumamente apretadas que resistía impasible a los “Rayos Zeta”, los cuales “fatigaban” a todos los demás metales conocidos sometiéndoles a una vibración tan violenta que acababa por dispersar sus moléculas en segundos. Por esta razón se construían de “dedona” los buques siderales de la Armada, las máquinas “robot”, la artillería y hasta los proyectiles de carga atómica.

También las defensas exteriores y todas las puertas que conducían al refugio subterráneo de la Base Sideral de Oberón, eran de “dedona”. Pero la “dedona” había dejado de ser un metal inviolable desde la aparición de la “luz sólida” traída por los intrusos siderales.

Miguel Ángel Aznar contempló la sólida puerta durante unos instantes. Luego devolvió el plano al armario de su armadura sacando de la misma cavidad la pistola eléctrica y un pedazo de tiza.

Con la tiza dibujó en el centro de la puerta un cuadrado de unos veinte centímetros de lado. Luego se retiró unos pasos, tomó un pedazo de hilo de cobre y se arrolló un extremo al brazo izquierdo de la armadura. El otro extremo lo arrolló a la culata metálica de la pistola, que tenía la forma de un mango estriado. Empuñó el arma con ambas manos, tomó puntería sobre la línea de tiza y apretó el botón disparador con el pulgar.

Un fino rayo amarillo, no más grueso que un lápiz, brotó del

cañón de la pistola y cayó sobre la línea de tiza marcada en el metal de la sólida puerta. Miguel Ángel movió el arma de izquierda a derecha, recorriendo con el punto de mira el trazo de tiza. Al llegar al ángulo descendió hacia abajo, siguió moviendo el arma de derecha a izquierda, y luego de abajo arriba, completando el cuadrado.

Como un soplete cortaba una lámina de estaño, así el rayo de la pistola cortó la plancha de "dedona" desprendiendo de la puerta un cuadrado de metal que cayó hacia dentro.

—¡Maravilloso! —se oyó exclamar al profesor Ferrer por los auriculares de todo el comando—. Dos meses llevo trabajando en estos rayos y nunca me canso de admirarlos.

—Meta el brazo por ese agujero, profesor. Y vea de alcanzar las barras —dijo Miguel Ángel.

El ingeniero se quitó las falsas pinzas y se acercó a la puerta. Su intención era retirar a mano las barras de acero que cerraban la puerta por la parte interior. Pero tuvo que renunciar al primer intento y esperar un poco hasta que la plancha de "dedona" se enfriara, ya que el impacto de la "luz sólida" la había calentado extraordinariamente. Pero con el frío reinante —273 grados centígrados bajo cero— el metal no tardó mucho en enfriarse.

Ferrer introdujo el brazo por el agujero y quitó las barras.

—Listo. Vengan a empujar.

Dos hombres unieron su fuerza a la del profesor para empujar la puerta y hacerla girar sobre sus goznes.

Miguel Ángel devolvió la pistola al armario, sacó del mismo una linterna eléctrica y la encendió entrando en el túnel.

—Cierren la puerta —ordenó cuando todos hubieron entrado—. ¿Dónde están las planchas?

—Aquí —dijo uno de los hombres—. Y golpeó con sus pinzas algo que sonó a metálico.

—Quédese aquí y sostenga una de esas planchas sobre el agujero mientras forzamos la otra puerta.

El propio Miguel Ángel alumbró al soldado mientras este extraía de una bolsa de malla metálica un pedazo de metal.

—¿Para qué es eso? —preguntó la profesora Castillo.

—Este túnel estaba lleno de aire a presión cuando nosotros practicamos ese agujero —explicó Ferrer—. El aire ha escapado al

vacío sideral, pero cuando abramos la segunda puerta el aire que hay al otro lado vendrá hacia este túnel. Si no cubriéramos el agujero con un pedazo de plancha quedaría establecida una tremenda corriente de aire que nos lanzaría fuera como un proyectil. Y no sólo eso. El enemigo acabaría por darse cuenta que existía un escape de aire y entonces descubriría que hemos forzado la entrada.

—Comprendido —murmuró la joven—. La misma presión de la atmósfera que hay aquí dentro sostendrá la plancha pegada a la puerta.

—Exacto.

Dejando a un hombre encargado de sostener el "tapón" hasta que la presión del nuevo aire lo pegara sólidamente contra la puerta, Miguel Ángel y el resto del comando avanzaron a lo largo del túnel hasta un recodo en donde otra puerta, ésta de acero inoxidable, les cerró el paso.

En la pared del recodo, los rayos de la pistola de Miguel Ángel, después de haber atravesado la puerta de "dedona", habían avanzado a lo largo del túnel reproduciendo el mismo tosco cuadrado en la roca.

Esta vez fue el profesor Ferrer el encargado de forzar la puerta de acero. Pero no recortó todo el cuadrado de una vez. Abrió una ranura en la plancha y esperó a que el aire entrara silbando con tremenda fuerza.

—Si este aire fuera oxígeno puro, podríamos aprovechar el túnel para quitarnos las escafandras y comer algo —observó la capitana Sofía Medina. Y añadió—: Dios sabe cuándo volveremos a tener ocasión de hacerlo.

—No podemos perder tiempo —contestó Miguel Ángel.

—¿Qué prisa nos acucia?

—Mi padre y otros siete u ocho hombres de la comisión de parlamentarios están ahí dentro.

Siguió un breve espacio de silencio. Finalmente fue de nuevo la capitana Sofía Medina quien rompió la pausa diciendo:

—Oiga, capitán Aznar. ¿Usted no querrá comprometer el éxito de este comando en aras de una remota posibilidad de rescatar a su padre, verdad?

Esta pregunta sentó muy mal al jefe del comando, el cual

contestó secamente:

—¿Me está insinuando que debemos dejarlos morir sin hacer nada por salvarlos?

—Sólo le sugiero que lo piense dos veces antes de lanzarse a una aventura que no estaba prevista en el programa. Hemos venido aquí a coger prisioneros, nada más que a eso.

—Podemos coger prisioneros mientras intentamos salvar a la comisión.

—Seguramente. ¿Pero de qué nos servirá coger prisioneros, si no podemos sacarlos de aquí y llevarlos a la Tierra? Eso es lo que quiero hacerle comprender, señor Aznar. Si intentamos rescatar a nuestros amigos lo más probable es que todos quedemos cogidos en el cepo.

Dentro de la escafandra el rostro de Miguel Ángel Aznar se sofocó. Siempre había sentido simpatía e incluso admiración por la señorita Medina. Pero en este momento le pareció la persona más odiosa del mundo.

—Bueno. Yo soy el jefe del comando ¿no es cierto? —preguntó con acento de reto—. Puedo variar el programa cuando quiera.

—Sin duda —contestó rápidamente la muchacha—. Lo que no puede hacer usted es comprometer a la vez el éxito de nuestra misión y la vida de todos nosotros en una empresa que nada tiene que ver con nuestro objetivo.

—Esa es una observación muy impertinente, señorita Medina. ¿Qué haría usted si fuera su padre el que está a dos pasos de aquí, prisionero de los sadritas y en indudable riesgo de ser muerto?

—Probablemente intentaría una locura como la que usted está pensando. Y entonces sería usted quien se opondría por todos los medios a que yo la realizara.

Esta respuesta, tan certera como inesperada, dejó confuso a Miguel Ángel. Preso de mortal desaliento comprendió que no podía arriesgar la vida de cuatro mujeres y seis hombres en una empresa que de antemano parecía condenada al fracaso.

—Bueno —dijo Ferrer—. Si vamos a descansar aquí no es menester que forcemos la puerta ahora mismo.

—Probaré con los reactivos para ver si el aire es bueno —dijo la señorita Castillo.

Y quitándose las pinzas abrió su armario particular dedicándose

a algunas manipulaciones sin que Miguel Ángel se opusiera.

—El aire es bueno —informó la señorita Castillo al cabo de un minuto.

—Es porque hay una tercera puerta al final del túnel —dijo Miguel Ángel—. Pueden quitarse las armaduras. Descansaremos un rato.

Los comandos se ayudaron unos a otros a quitarse las molestas piezas de metal.

—¿Quiere que le ayude? —dijo la señorita Medina acercándose a Miguel Ángel. Y luego, mientras le quitaba la escafandra, preguntó—: ¿Se ha molestado por lo que he dicho?

—En todo caso, estaba en su derecho al decirlo.

—Es lamentable lo ocurrido a su padre. ¿Por qué le dejó venir?

—Intenté disuadirle, pero fue en vano. En realidad, él también trató de disuadirme a mí y no lo consiguió. Yo tengo la culpa de que se metiera en esta estúpida aventura. ¡Dios mío! ¿Cómo decírselo a mi madre?

Los miembros del comando, haciéndose participes de la aflicción de su jefe, se desparramaron por el suelo tomando en silencio sus pastillas de alimento concentrado. El aire que respiraban no parecía malsano, aunque trasudaba a humedad y a lugar cerrado durante mucho tiempo.

El profesor Ferrer y la señorita Castillo se acercaron a donde estaban los dos oficiales y tomaron asiento en el suelo.

—Me pregunto —dijo la profesora— cuánto tiempo podremos hacernos pasar por auténticas criaturas de titanio una vez entremos ahí.

—¿Empieza a sentirse preocupada, profesora Castillo? —preguntó la señorita Medina.

—Francamente, sí. Me gustaría saber cómo vamos a capturar a un “hombre” de titanio sin que la alarma cunda en toda la Base.

—Esperaremos una ocasión para lanzarnos sobre algún sadrita que ande solo y no lleve armadura. Creemos que los sadritas han sustituido con otros gases el oxígeno que antes llenaba los subterráneos, y que lo han hecho precisamente para poder abandonar esas fastidiosas armaduras mientras estén aquí. Ahora bien; sin el aparato de radio de la armadura el sadrita no tiene más medios para dar la voz de alarma que su propia voz… Y ya le

taparemos nosotros la boca oportunamente para que no grite.

—O sea, que ustedes esperan encontrar a unos hombres cuya forma corporal no difiere mucho de la nuestra propia. Unos hombres con dos brazos… dos piernas… y una boca para hablar.

—¿No cree usted que tengan boca?

—¡Claro que tienen boca! Aunque no para hablar. Los sadritas, tal y como nosotros los suponemos, no hablan.

—¿Una raza de hombres silenciosos, eh? —preguntó la señorita Medina guiñando sus preciosos ojos azules.

—Usted no lo ha comprendido, señorita Medina —dijo Miguel Ángel con desgana—. La profesora Castillo y su padre creen que la forma superior de la humanidad de titanio está representada por aquel asqueroso pulpo que fue recogido muerto aquí mismo, en Oberón. Esos pulpos no hablan o, al menos, no lo hacen articulando sonidos como nosotros. Se transmiten el pensamiento.

—¿Que se transmiten el…? ¡Oh, qué divertido! Es lo único que me faltaba oír —exclamó la joven oficial. Y soltó una carcajada.

Polonia Castillo se mordió rabiosilla el jugoso labio inferior.

—¿Por qué se ríe usted? —preguntó desafiante.

—Porque me hace gracia.

—Es muy posible que esa risa de ahora se trueque en lágrimas dentro de poco, señorita Medina. Si su nivel cultural estuviera a la altura del mío discutiría con usted hasta convencerla, y entonces desistiría de entrar en este subterráneo.

La capitana dejó de reír instantáneamente.

—Mi nivel cultural no es muy alto —contestó mordiendo las palabras—. Sólo lo indispensable para poder distinguir entre lo razonable y lo ridículo.

—Es usted una ignorante —aseguró la profesora.

—Y usted una necia supersabia.

—¡Eh, alto… alto! —medió Ferrer interponiéndose entre las dos mujeres que se contemplaban como dos gallos de pelea—. ¿A qué viene esta discusión ahora? Nadie puede afirmar ni negar que el “hombre” de titanio sea realmente una persona o un pulpo. Precisamente estamos aquí para averiguarlo ¿no es eso?

—Sí —dijo Miguel Ángel alegrándose de encontrar un pretexto para reanudar la marcha—. Para eso hemos venido. Así que pónganse las armaduras y sigamos adelante.

—Voy a terminar ese agujero —dijo Ferrer—. Me pondré la armadura luego, mientras la puerta se enfría.

Y lo hizo así. La pistola eléctrica reanudó la tarea en el mismo punto donde quedó interrumpida. Un pedazo cuadrado de acero quedó separado de la puerta y cayó al otro lado.

Mientras tanto los comandos se embutían de nuevo en sus armaduras, ayudándose unos a otros. La capitana Medina y Miguel Ángel se ayudaban mutuamente. Aprovechando que se encontraban algo apartados de los demás, Miguel Ángel dijo a su lugarteniente:

—No la comprendo a usted, Sofía. Creí que era una buena amiga de la señorita Castillo.

—¡La aborrezco! —aseguró la capitana apasionadamente.

—Pues bien la ayudó en Ganímedes cuando yo me oponía a que viniera con nosotros. ¿Por qué lo hizo?

—Pues por eso, porque la aborrezco.

—Ahora todavía comprendo menos. ¿La aborrecía ya entonces y rompió una lanza en su favor para que se saliera con la suya?

—Yo quería que se saliera con la suya. Quería que viniera con nosotros, que usted la tuviera cerca en las horas de peligro que vamos a correr y pudiera llegar así a conocerla mejor.

Miguel Ángel Aznar dejó caer sobre la joven una mirada cargada de severidad.

—Si fue solamente por eso pudo evitarse tanta molestia, señorita Medina —dijo ásperamente—. Conozco perfectamente a la profesora Castillo. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Así sabrá usted a qué era debido su interés en acompañarnos.

—Desde luego. La señorita Castillo es una científica innata, lo mismo que Ferrer. La presencia de ellos aquí tiene más mérito que la nuestra. Porque ellos, sin ser soldados profesionales ni sentir atracción alguna por la aventura, han aceptado el mismo riesgo sólo por desentrañar un misterio del cual puede depender algo tan sumamente importante como la salvación o el aniquilamiento total de la vida sobre nuestros planetas.

—Eso es lo que cree usted.

—Usted creerá que han venido por pura diversión, ¡claro! —exclamó Miguel Ángel exasperado.

—No. Los dos están muertos de miedo.

—¿Y qué? Cualquiera puede lanzarse en un peligro que ignora.

El valiente es aquel que conociendo el peligro se aguanta el miedo y sigue adelante.

—No diré que no. Pero ese no es su caso. No están aquí porque sientan vocación de mártires. La señorita Castillo jamás habría abandonado su laboratorio para acompañarnos si no estuviera enamorada del profesor Ferrer.

Miguel Ángel Aznar quedó paralizado por el estupor.

—¡Repita eso! —dijo una voz sibilante. Y asió rudamente la mano de la muchacha apretándola con fuerza—. ¡Repítalo!

Sofía Medina miró al joven compasivamente.

—La señorita Castillo y Ferrer se aman —aseguró suavemente.

—¡Eso es mentira! —gritó Miguel Ángel con pupilas llameantes de ira.

—Se aman, aunque ambos ignoran que son correspondidos. Ella solicitó participar en esta misión porque alguien le dijo que Ferrer formaba parte del grupo. En realidad, Ferrer no se había comprometido a nada. Ya estuvo en Urano y no le gustó aquello. Vino a Ganímedes con las armaduras y las nuevas pistolas para instruirnos en su manejo, y me consta que esa era la única relación que aspiraba a tener con el comando. Pero llegó la señorita Castillo y todo cambió. Repentinamente se mostró dispuesto a acompañarnos.

—¡Eso no demuestra nada!

—Si le parece poco, allá usted. Para mí es bastante.

—¡Es usted una embustera, una intrigante, una!…

—¡Suélteme la mano! Me está haciendo daño —cortó Sofía secamente.

—Usted me ha herido a mí en algo más doloroso y profundo —barbotó Miguel Ángel sin soltarla—. Sabe que quiero a esa mujer.

—Sí, lo sé. Y por eso quise ayudarle.

—¿Ha dicho ayudarme? —rugió Miguel Ángel zarandeándola—. ¡No sea hipócrita, señorita! Lo que siente usted no es caridad, sino envidia. Está enamorada de mí desde hace tiempo, y como cree que no me doy cuenta, busca por todos los medios llamar mi atención… apartarme de la otra para que fije mis ojos en usted. Niéguelo si se atreve. ¡Vamos, niéguelo!

La pálida faz de la capitana Medina se cubrió de púrpura. Sus grandes ojos azules se clavaron en el rostro de Miguel Ángel en una

mirada asustada, transida de dolor y de angustia. Luego miró a su alrededor, como temerosa de que alguien hubiera escuchado. Entonces vio a los miembros del comando que se habían acercado atraídos por la violencia de las últimas palabras, y su rostro pasó de encarnado a amarillo.

—¡Suélteme! —rugió.

Se desasió de un brusco tirón, permaneció un segundo quieta, jadeando. De pronto, levantó la mano y cruzó la mejilla de Miguel Ángel de una bofetada.

No fue una bofetada formularia. Su mano era fuerte y, además, estaba cubierta con un guante de cristal. Miguel Ángel Aznar retrocedió un paso, tambaleándose, en tanto un hilillo de sangre le corría por la comisura de la boca.

—Usted no es un caballero —dijo Sofía Medina a punto de echarse a llorar. Y cubriéndose el avergonzado rostro con las manos huyó sin dejar de murmurar—: No es un caballero. ¡No es un caballero!

Miguel Ángel no se volvió a mirarla. Sabía que había obrado mal, y lo sentía. La había herido allí donde una mujer no puede perdonar una ofensa. Sofía debía odiarle en estos momentos. El pedestal que le erigió en su corazón acababa de derrumbarse al conjuro de aquel "no es un caballero". Ella le admiraba, además de quererle. Y Miguel Ángel, que lo sabía y gustaba de sentirse reverenciado en silencio, se sintió de pronto solo y como desamparado; viudo de un afecto al que sin él saberlo había estado correspondiendo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está llorando la señorita Medina?

Era Adolfo Ferrer quien hacía esta pregunta. Miguel Ángel se volvió con tanta violencia que el ingeniero dio un paso atrás, alarmado.

—No me hable de eso ahora —dijo el oficial, irritado—. ¿Consiguió abrir la puerta?

—Sí, ¡diablo! —murmuró Ferrer sorprendido del tono violento de su amigo.

—Pues vámonos ya.

Miguel Ángel acabó de vestir su pesada armadura con rapidez, auxiliado por el profesor Ferrer. Cuando ya sólo le faltaba ponerse la escafandra reapareció Sofía Medina. Sin decir palabra ni mirar a

Miguel Ángel se acuclilló para recoger su escafandra, que estaba en el suelo. El capitán se agachó también poniendo su mano sobre la de la joven.

Ella le miró con ojos furiosos.

—Sea usted buena, Sofía —murmuró Miguel Ángel entrecortadamente—. Perdóneme.

Ella retiró su mano esquivamente y se puso en pie con la escafandra entre las manos. Se alejó sin pronunciar palabra. Miguel Ángel se quedó mirándola.

—¿Y bien? —dijo Ferrer.

—¡En marcha! —bramó el jefe del comando en un arranque de ira. Y echó a andar encasquetándose la escafandra.

La puerta de acero estaba abierta. El comando pasó por ella y alumbrándose con las linternas recorrió el túnel hasta tropezar con una tercera puerta.

—Ésta la abriremos cortando las barras del cerrojo —dijo Miguel Ángel—. Si alguien pasa por aquí después de nosotros apenas lo notará.

Y de nuevo la pistola eléctrica entró en acción lanzando sus rayos ultrapenetrantes en cierto punto escogido de la ranura entre la puerta y el marco de acero inoxidable.

El sargento Ávila, que era quien manejaba la pistola, anunció:

—Si las barras están donde calculamos debo haberlas cortado.

Miguel Ángel Aznar, que empuñaba su pistola con la pinza de la mano derecha, se acercó a la puerta y la empujó con el pie. Ávila empujó también de la misma forma y la puerta cedió con un leve chirrido. Un rayo de luz entró por la rendija y se fue ensanchando a medida que la puerta se abría.

Antes de salir, Miguel Ángel avanzó la cabeza y atisbó arriba y abajo. La puerta daba a un túnel espacioso, bastante capaz para que pudieran marchar por él dos automóviles de frente. Del techo abovedado pendían a distancias regulares potentes focos eléctricos, los cuales iban a alumbrar las paredes rocosas y desnudas. Pero el piso desaparecía bajo una neblina espesa, de color azul, la cual vendría a tener unos cuarenta centímetros de espesor y parecía estar formada por un gas mucho más pesado que el aire.

Miguel Ángel Aznar se quedó un instante mirando aquella niebla azul. Luego guardó la linterna y la pistola en el armario de su

armadura, cerró ésta y salió al centro del túnel. El profesor Ferrer le siguió murmurando:

—¿Será éste el gas que respiran los hombres de titanio?

—Me gustaría que lo fuera —contestó Miguel Ángel por la radio.

—¿Por qué?

—Mírese los pies. ¿Puede ver sus propios zapatos a través de este humo o lo que sea?

—No. El gas es muy espeso.

Miguel Ángel echó a andar por el túnel. La extraña niebla azul se enredaba a sus piernas como vedijas de algodón.

—¿Ve usted? Nuestros pies son más gruesos que los de un auténtico hombre de titanio, pero ellos no podrán descubrirlo. Esta alfombra de gas nos oculta.

—¡Hombre, pues es verdad! No había caído en ello. Ahora podemos andar por la Base con toda tranquilidad.

—Conecten el micrófono exterior. Y guárdense las pistolas y las linternas —ordenó Miguel Ángel.

El micrófono exterior había sido incluido en la armadura para que los comandos pudieran oír los ruidos que se produjeran a su alrededor. Sin él, los comandos hubieran estado sordos para cualquier ruido externo, a causa del cierre hermético de las armaduras.

El grupo echó a andar por el corredor con el paso pesado y torpe de los auténticos hombres de titanio. La parte del túnel que recorrieron, hasta una plazoleta en donde se veía el pozo de un gigantesco montacargas, estaba completamente desierto.

Al llegar ante la reja que circundaba el pozo se detuvieron.

—¿Seguimos adelante, o bajamos? —preguntó el profesor Ferrer.

—Subiremos —contestó Miguel Ángel—. Los pisos superiores tienen salidas directas sobre la falda de la montaña, mientras que los de abajo no tienen salida más que por los ascensores.

Y apretó el botón de llamada del montacargas.

A través del micrófono exterior los terrícolas pudieron oír el zumbido del ascensor que subía. En efecto, la plataforma del montacargas surgió del pozo y se detuvo en seco. Las puertas se abrieron automáticamente brindando a los comandos el interior espacioso y vacío de la cabina.

Un momento dudó Miguel Ángel. Luego dio un paso adelante y

entró resueltamente en el montacargas. El resto del grupo le siguió, las puertas se cerraron y el aparato empezó a subir.

Como la distancia hasta el piso inmediato superior era corta, el montacargas se detuvo casi en seguida. Las anchas puertas se abrieron de golpe. Y en el mismo momento, un alud de extrañas y diminutas criaturas se lanzó dentro del ascensor pasando entre los pies de los sorprendidos terrícolas.

Eran pulpos. Pulpos pequeños, repugnantes, provistos de un grande y amarillo ojo de facetas, como el pulpo que fue recogido muerto en Oberón y sirvió para que el profesor Castillo formulara todas sus fantásticas teorías.

CAPÍTULO VII

LA voz agitada de la señorita Castillo susurró en los auriculares de todo el comando:

—¡Salgan… no se detengan, por el amor de Dios! No se detengan, y procuren no pisar ninguno de estos animales.

Pero los comandos no sabían cómo evitarlo, porque la misma niebla azul del túnel inferior cubría también el suelo y el piso del montacargas. Los pulpos apenas se veían a través de ella.

—Arrastren los pies… arrastren los pies —añadió Miguel Ángel.

Los terrícolas salieron del montacargas arrastrando los pies. Y debió ser puro milagro que no aplastaran a ninguno de aquellos animales que saltaban ante ellos, brincando de la espesa niebla y volviendo a desaparecer en ella como ranas que se zambulleran en las turbias aguas de un pantano.

Al trasponer las puertas y mirar a su alrededor, Miguel Ángel Aznar sintió helársele la sangre en las venas.

Fue una reacción instintiva. Porque allí, junto a la placa de botones que mandaban el ascensor, había un auténtico hombre de titanio enfundado en una armadura idéntica a la de los comandos.

—No se detengan…, echen tras de mí. El hombre de titanio no puede reconocernos —murmuró Miguel Ángel.

El hombre de titanio no prestó la menor atención al grupo que salía del ascensor. Con sus pinzas metálicas oprimió un botón del cuadro. Las puertas se cerraron de golpe tras el último comando y el montacargas se puso en marcha hacia algunos de los pisos bajos de la enorme Base excavada en la montaña.

—¡No miren atrás… no miren atrás! —susurró Miguel Ángel.

El grupo siguió adelante por un túnel mayor que el de abajo. Este túnel no era completamente recto, sino ligeramente curvado. Los antiguos moradores terrícolas de la Base lo llamaban “vía de circunvalación” porque daba la vuelta a toda la montaña y

arrancaban de él todos los pasadizos que conducían al interior del refugio.

Bajo sus pies, los comandos sentían los raíles de una doble vía.

Normalmente, cuando Miguel Ángel estaba de guarnición en esta Base, había dos pequeños trenes de plataformas circulando continuamente por este túnel en una y otra dirección.

Y ahora también.

Apenas se habían alejado un centenar de metros del montacargas cuando oyeron el fragor metálico de las ruedas de un tren que se acercaba.

—Échese a la derecha.

El grupo se apartó cuando por el fondo del túnel aparecía una pequeña locomotora eléctrica tirando de media docena de vagones-plataforma. De pie en el pescante, guiando el tren, venía un "hombre" de titanio enfundado en metálica y cilíndrica armadura.

—¡No se detengan… no se detengan! —recomendó el jefe del comando por la radio.

El tren pasó junto a los terrícolas. Las plataformas estaban ocupadas por una pequeña multitud de repulsivos pulpos.

—No lo comprendo —murmuró Miguel Ángel sin volver la cabeza ni detener el paso—. Si esos pulpos no son más que animales ¿para qué los quieren los hombres de titanio?

Nadie contestó a esta pregunta, y Miguel Ángel la olvidó en seguida.

Tres ideas fijas daban vueltas en su cerebro chocando unas con otras, entorpeciéndose, confundiéndose. De un lado la preocupación por la forma en que resolvería los problemas planteados a la expedición; de otro el temor por la suerte que pudiera correr su padre y, por último, la confusión sembrada en su corazón por Sofía Medina, le acosaban y aturdían sumiéndole en un caos del cual era penoso extraer una sola idea.

Era un jefe abrumado por la responsabilidad y las contrariedades de índole sentimental. Y, o ponía freno a su imaginación, o una distracción le llevaría a la torpeza que les arrastraría a todos al desastre.

"Lo de Pol y Ferrer puede esperar" —se dijo en un esfuerzo por aclarar sus ideas—. "Lo de papá puede que no tenga espera".

"No nos acordemos ahora de Pol. Pensemos en el comando.

Nuestra misión es muy importante. Tengo que coger un prisionero. Si lo cogiera, despediría al grupo y me quedaría solo para buscar a papá. ¡Eso haré!”

Unos pasos más allá se detuvo alzando los ojos hacia una placa fija a la entrada de una plazoleta.

“Lo primero es coger un prisionero” —se dijo—. “Luego nos ocuparemos del pobre papá”.

La placa en cuestión era un cartel-guía.

“Salida” —rezaba debajo de una flecha indicadora.

Miguel Ángel conocía este camino. Un túnel llevaba hasta una gran caverna donde estaban las esclusas de aire que daban al exterior. Por allí había entrado la comisión de parlamentarios terrícolas.

—Por aquí —dijo doblando la esquina—. Vamos a asomarnos a las esclusas para ver lo que hacen los hombres de titanio.

Cuando marchaban por el túnel fueron alcanzados por el tren de vagonetas-plataforma que había pasado antes cargado de pulpos. El tren, con el conductor de pie en el pescante, pasó junto al comando sin detenerse.

Doscientos metros más allá el túnel desembocaba bruscamente en una grandiosa caverna cuyo altísimo techo estaba sostenido por columnas de considerable grosor. Bajo el resplandor de los potentes focos se desarrollaba una escena de gran actividad.

Enfrente del comando, al otro lado de la caverna, se veía una fila de diez esclusas provistas de sólidas puertas de cortina. Estas puertas estaban subiendo y bajando continuamente, abriendo y cerrando, para dejar paso a un ininterrumpido tráfico de aparatos “Omega”.

Los “Omega” entraban en la caverna deslizándose a ras del suelo, se detenían y daban media vuelta. Por la parte de atrás de los aparatos se abría una escotilla y de ésta saltaban ágilmente al suelo una muchedumbre de pequeños pulpos que, dando retozones brinquitos, se dirigían hacia los trenes que esperaban y se encaramaban a las plataformas.

Cuando todas las plataformas estaban llenas, el tropel se detenía ordenadamente. El tren, con un hombre equipado de armadura se ponía en marcha. Los “Omega” cerraban la escotilla entraban en una esclusa y desaparecían detrás de la férrea puerta de cortina.

Todo esto ocurría a un ritmo tranquilo e ininterrumpido ordenadamente, silenciosamente.

Había unos cuantos hombres de titanio metidos en armaduras cilíndricas por allí, pero no hacían nada. Al menos no se les oía dar voces, ni braceaban para hacer indicaciones, ni se movían apenas.

—¡Recáspita! —se oyó exclamar al sargento Ávila por la radio de todos—. ¿Qué significará este trasiego de animaluchos?

—Los están almacenando aquí —contestó Ferrer—. Probablemente hay ahí fuera un autoplaneta sadrita descargando cosas.

—Lo que no alcanzo a comprender —dijo Ávila— es por qué los hombres van metidos en armaduras para andar por aquí. Si los gases que han introducido en el refugio son buenos para sus animales también serán buenos para ellos.

—Sólo existe una razón para que los "hombres" lleven armadura aquí dentro —se oyó decir a la profesora Castillo—. Y es que los "hombres" que hay dentro de las armaduras son pulpos también.

—¡Vamos, señorita Castillo! —exclamó un soldado—. A otro perro con ese hueso.

—Son pulpos —insistió Polonia sin hacer caso de la interrupción —. Y llevan armadura porque este refugio fue construido por hombres de la Tierra y todas las instalaciones fueron adaptadas a la estatura y configuración de la mano del hombre. Los pulpos, sin armadura no podrían conducir esos trenes; no podrían abrir y cerrar las esclusas… ni alcanzar los tiradores de las puertas ni los botones de nuestros ascensores.

Miguel Ángel Aznar revivió mentalmente la escena que había presenciado en la plazoleta —el hombre de titanio que apretaba el botón del montacargas— y se sintió estremecer de frío. Él, como la inmensa mayoría, jamás creyó que los "hombres" de titanio fueran simples y pequeños pulpos metidos en armaduras de "dedona". Ahora se preguntó: ¿Y si fuera verdad?

Un miedo profundo, el miedo instintivo del hombre hacia lo sobrenatural, le atenazó el corazón.

—¡Estaría bueno que hubiéramos venido a buscar "hombres" y sólo encontráramos pulpos! —murmuró.

—¡Ja, ja! —dijo una voz.

—¿Quién ha dicho "ja, ja"? —gruñó el capitán malhumorado.

—Yo —era Sofía Medina—. Y lo vuelvo a repetir: ja, ja.

—No es para tomarlo a broma, señorita Medina —se oyó decir al profesor Ferrer—. La verdad es que si la señorita Castillo está en lo cierto, todos los “hombres” irán metidos en armaduras. Esto quiere decir que para comprobar lo que hay dentro de las armaduras no tendremos más remedio que capturar a una armadura viviente… ¡y ahí podría empezar el jaleo! Esas armaduras deben ir equipadas de aparato de radio o algo similar. Y si su ocupante lo utiliza para dar la alarma…

—No es necesario capturar una armadura “viva” para comprobar lo que tiene dentro —dijo la señorita Medina—. Sea pulpo u hombre morirá igual si le clavamos un rayo de luz sólida en la cabeza. Muerto el perro se acabó la rabia. Arrastramos al sujeto hasta un lugar apartado y abrimos la armadura para ver lo que hay dentro.

A Miguel Ángel la idea de la capitana le pareció buena.

—Volvamos al túnel —dijo—. La victima será el conductor de uno de esos trenes.

Entraron de nuevo en el túnel. Éste tenía a derecha e izquierda, de trecho en trecho, algunas puertas que conducían a habitaciones, oficinas y demás dependencias de lo que fue Base de la IV Flota Sideral Terrícola. El comando necesitaba una habitación a donde poder arrastrar a la víctima, y Miguel Ángel escogió para este fin un cuarto de lavabos dotado de agua corriente.

—Bastará que nos quedemos tres aquí fuera —dijo—. Ávila y Deval me acompañarán. Los demás, entren todos en el lavabo.

El grueso del grupo entró en el cuarto cerrando la puerta tras sí y Miguel Ángel y sus dos hombres esperaban con las pistolas eléctricas en la mano.

No llevaban esperando ni dos minutos cuando escucharon el ruido del tren que se acercaba. Por la encrucijada del túnel con la “vía circunvalatoria” apareció el tren con su conductor al pescante de la locomotora. Los trenes de la Base desarrollaban poca velocidad y éste venía sin muchas prisas.

Miguel Ángel extendió el brazo derecho en tanto ocultaba con la izquierda la pistola a la espalda. En la Tierra, ésta era la seña universalmente conocida para indicar a un vehículo que se detuviera. ¿Se detendría el tren guiado por un hombre titanio?

Sí; el tren se detuvo. La pequeña locomotora quedó junto a Miguel Ángel y el gran ojo amarillo del monstruo se clavó en el terrícola.

—¡Adelante, muchachos! —dijo Miguel Ángel.

Ávila y Deval, que estaban detrás del monstruo, dispararon al mismo tiempo contra la esfera metálica que remataba la grotesca armadura cilíndrica.

Los dos rayos de luz, finos como un lapicero, restallaron con leve ruido al surcar el aire y atravesar la cabeza del monstruo. Después de atravesar como lanzas la esfera metálica se clavaron en el techo abovedado desprendiendo un puñado de roca pulverizada.

El “hombre” de titanio, con cuatro agujeros en la escafandra de “dedona”, siguió impasible sobre el pescante; una mano en la manivela de la locomotora; la otra mano sobre la palanca del freno.

El pánico se apoderó de Miguel Ángel Aznar al ver que su enemigo no caía. Nervioso, asustado e irritado, apuntó su pistola y disparó rápidamente contra el cuerpo cilíndrico del hombre de titanio. Ávila disparó también y los dos rayos de luz sólida se cruzaron en el corpachón metálico atravesándolo de parte a parte para ir a perforar la pared opuesta del túnel.

¡El monstruo no cayó!

—¡Maldito seas! —barbotó Miguel Ángel disparando de nuevo.

Y Ávila y Deval dispararon también.

El “hombre” de titanio, siete veces atravesado por los rayos de luz sólida, ni siquiera se movió.

De pronto, una idea cruzó el pensamiento de Miguel Ángel Aznar.

—¡Esperen! —gritó.

Ávila y Deval, que iban a disparar de nuevo, se detuvieron con las pistolas en alto. Miguel Ángel puso en pie en el estribo de la locomotora y subió al pescante. Las pinzas del monstruo aferraban la manivela y la palanca del freno.

—¡No se fíe de ese tiparraco, capitán! —advirtió Deval por la radio.

—Está más muerto que mis tatarabuelos —afirmó Miguel Ángel.

Y apartando la pistola a un lado empezó a quitarse las pinzas.

—¿Y por qué no se cae? —preguntó el sargento.

—Por dos razones muy sencillas. Una; que está cogido a las

manivelas. Otra; que tiene en el cuerpo un giróscopo como el de nuestra Infantería Robot.

—¿No es un hombre, entonces?

—Si lo fuera habría caído redondo al atravesarle el cráneo.

El sargento Ávila o el soldado Deval dejaron escapar un largo silbido de asombro. Los que estaban dentro del lavabo escuchaban por la radio. Al oír a Miguel Ángel, la profesora Castillo se lanzó fuera impetuosamente.

En este momento, el oficial separaba con sus dedos las pinzas del "hombre" de titanio. No tuvo que hacer apenas fuerza. Las extrañas manos en forma de alicates se abrieron. Pero el monstruo siguió en pie. Miguel Ángel le empujó suavemente con el dedo. La armadura cayó estrepitosamente del pescante abajo.

—Recójanlo —ordenó Miguel Ángel—. Voy a llevar el tren al túnel de circunvalación.

Y ocupando el lugar que la víctima había dejado vacante dio marcha atrás llevando el tren hasta la encrucijada. Allí accionó el cambio de agujas automático y dio marcha adelante. Abandonó el tren a una distancia prudencial del cruce, recogió la pistola y emprendió el regreso poniéndose las falsas pinzas sobre sus guantes de cristal.

Mientras ejecutaba estas maniobras y regresaba podía oír la radio lo que sus compañeros hablaban en los lavabos.

—"Tráiganlo aquí" —era la voz de Ferrer. "Ahora está bien. A ver, un destornillador".

—"Vea si tiene alguna tapa detrás de la cabeza" —ahora hablaba la profesora Castillo—. "Si es un pulpo lo que hay dentro tiene que estar alojado ahí, con el ojo aplicado sobre la mirilla de cristal".

—"Vamos a darle la vuelta".

Seguía una pausa. Ferrer exclamaba:

—"Sí, aquí hay algo que parece una tapadera".

—"Tiene una ranura para aplicar el destornillador" —decía uno de los soldados.

—"Venga el destornillador. Eso es".

Se producía un silencio lleno de emoción.

—"¡Bravo, esto se mueve!"

Miguel Ángel apresuró cuanto pudo el paso. No quería perderse la emoción de ver lo que había en el interior de lo que siempre

habían supuesto una vulgar escafandra.

Pero llegó tarde. Cuando empujaba la puerta de los lavabos el ingeniero exclamó:

—“¡Ya está! ¿Eh, qué es eso?”

—“Un pulpo” —aseguró la profesora Castillo con voz sofocada de emoción. “Un pulpo visto por abajo. Esto es la boca. Vea las patas”.

Miguel Ángel entró en el cuarto cerrando la puerta tras sí. Todo el comando estaba abocado sobre el “hombre” de titanio, que yacía boca abajo en el suelo. Ni siquiera se volvieron al escuchar el ruido de la puerta.

—Estoy aquí —dijo Miguel Ángel con voz fuerte—. Supongan que soy un verdadero “hombre” de titanio. ¿Qué habría pasado?

Los hombres del comando se incorporaron. Ferrer y la profesora Castillo siguieron manipulando en el hueco de la cabeza del monstruo.

—¡Hemos encontrado un pulpo en la cabeza de ese tipo, capitán! —exclamó el sargento Ávila muy excitado.

—¿Y qué? —gritó Miguel Ángel—. ¿Son ustedes científicos, acaso, para perder la cabeza ni por un millón de pulpos? ¡Ponga centinelas junto a la puerta, Ávila!

—Deja de chillar y ven acá, Miguel Ángel —dijo la señorita Castillo—. Mira lo que hemos sacado de la cabeza de tu HOMBRE de titanio. ¡Un pulpo!

Y la joven mostró el cadáver de un repulsivo ser cogido de una pata.

—¡Vaya, te felicito! —farfulló el oficial—. Tú y tu padre teníais razón, después de todo. Toda la humanidad de Titanio se reduce a una raza de asquerosos bichos. Eso facilita nuestra labor. Hay miles de pulpos en este refugio, y no parece haya de ser muy difícil apoderarse de un par de ellos.

—Yo no diría tanto. Coger, lo que se dice “coger” puede que sea muy sencillo. Lo difícil va a ser sacarlos de aquí sin armar una verdadera revolución.

—¿Qué quieres decir?

—Que si atrapamos uno de estos bichos y el hombre encuentra algo sospechoso en nuestra acción… ¡dará la alarma!

—¿Cómo puede hacerlo? Sabemos que estos pulpos no pueden

hablar.

—Sin embargo hablan. O poseen al menos un medio para comunicarse entre sí. Quizá…

—¿Por telepatía? ¡Oh, no! —protestó Miguel Ángel—. ¡Eso es demasiado!

—¡Nada, por fantástico que parezca, es demasiado para estas extrañas criaturas! —exclamó Polonia Castillo con acento de profunda fe—. Su inteligencia es sobrehumana. ¿Por qué no han de ser también sobrehumanos sus medios para el intercambio de pensamientos?

—Mira, Pol; yo no creo que esos bichejos sean mucho más inteligentes que nosotros. Lo único nuevo que han aportado a nuestros conocimientos son esos rayos de luz sólida que lo atraviesan todo. Pero nosotros también habríamos acabado por descubrir la técnica de esos rayos sin haberlos visto nunca, solamente con mil años más de civilización y constantes adelantos. Los pulpos de titanio serán, si acaso, más viejos que nosotros en cultura. Pero eso de que son más inteligentes habría que verlo. Así que vamos a dejar el lenguaje de estos bichos en un modesto código de contactos de patas, como hacían los hombres plantas con sus antenas.

—Eso parece bastante razonable —dijo Ferrer sin dejar de hurgar en la cabeza del “robot”—. Un código de contactos se adaptaría muy bien a la telegrafía sin hilos. ¡Porque estos animalejos emplean la radio para la transmisión de mensajes a gran distancia, eso no hay quien me lo quite de la cabeza!

—¡Pues claro que utilizan la radio! —exclamó Miguel Ángel—. Ningún cerebro humano, por muy potente que fuera, sería capaz de transmitir su pensamiento al de otro cerebro situado a millones de kilómetros de distancia.

—Bien, bien —murmuró la señorita Castillo—. No insisto. Sin embargo deberíamos tener en cuenta la posibilidad de un lenguaje telepático entre estos seres al trazar el plan para capturarlos.

—Mi querida Pol —dijo Miguel Ángel—. Si tomamos en cuenta esa posibilidad habrá que desistir de intentar coger vivo a ningún bicho de éstos. ¿Qué puede hacerse contra un animal que tiene una emisora de radio dentro del cerebro?

—Se le puede aplastar la cabeza con un ladrillo —apuntó Sofía

Medina sarcásticamente.

—No diga tonterías, Sofía —gruñó Miguel Ángel—. Nosotros lo queremos VIVO.

—¿Por qué no prueban a narcotizarlo, pues?

—¿Serviría eso, Pol?

—No, no serviría —contestó la biólogo—. Ignoramos qué clase de narcótico utilizan los seres de titanio. Los nuestros, con toda seguridad, o no surtirían efecto, o les mataría.

—Entonces no hay más remedio que correr al riesgo. Cogerlos, meterlos en un saco y salir a escape. Eso podemos hacerlo en seguida.

—¿A qué viene tanta prisa? —gruñó Ferrer—. Necesito algún tiempo para desmontar completamente este robot y verle las tripas.

—Deje en paz al "robot" —refunfuñó Miguel Ángel—. Son sus tripulantes los que nos interesan. El muñeco no puede diferir apenas de nuestras tarántulas mecánicas. El pulpo va metido en la cabeza del "robot" con su gran ojo aplicado al cristal de la mirilla. A su alrededor, al alcance de sus múltiples patas, tiene en miniatura todos los mandos necesarios para controlar la máquina. Dentro del cuerpo cilíndrico hay una pila atómica que genera energía eléctrica para los motores que accionan brazos y piernas. También tiene un giróscopo que le ayuda a mantener el equilibrio. Las pinzas se abren y se cierran por medio de un electroimán… ¡Bah! Cualquier aprendiz de ingeniero podría construir un "robot" como el de las criaturas de titanio y nadie se maravillaría de ello.

—Bueno —murmuró Ferrer incorporándose con un suspiro—. Calculo que, poco más o menos, debe de ser como usted lo ha descrito.

—Téngalo por seguro y olvídelo. Vamos a ocuparnos ahora de algo más importante.

Cinco minutos más tarde los once terrícolas salían del cuarto de lavabos y, por el mismo túnel testigo de sus andanzas, se encaminaban rápidamente hacia donde Miguel Ángel Aznar había dejado abandonado el pequeño tren.

Llegados que fueron donde estaba el tren, Miguel Ángel subió al pescante de la máquina en tanto los demás se encaramaban sobre las plataformas de los vagones. El tren se puso en marcha. Pero no regresó al cruce, sino que siguió adelante por la "vía de

circunvalación” hasta que, al llegar a un nuevo cruce, Miguel Ángel accionó el cambio de agujas automático metiendo el tren por un corredor a la izquierda.

Un tren vacío, con un “hombre” de titanio al pescante, se cruzó con el comando y pasó de largo sin detenerse.

—Hay que actuar aprisa ahora, antes que llegue otro tren cargado de pulpos —dijo Miguel Ángel por la radio.

El tren desembocó en una plazoleta que tenía en el centro el pozo de un montacargas y avanzó a marcha moderada hacia el “hombre” de titanio que estaba de pie junto al cuadro de botones del ascensor. Como los raíles llegaban hasta el mismo montacargas, el tren pudo avanzar hasta casi tocar la verja de acero que circundaba el pozo del ascensor.

Si el sadrita que estaba encargado de aquel ascensor se sorprendió al ver llegar tan cerca el tren, era cosa que no se sabría jamás. La capitana Medina, el sargento Ávila y dos soldados más, surgieron de pronto por detrás del conductor del tren y dispararon simultáneamente sus pistolas eléctricas a bocajarro contra la “cabeza” del monstruo.

Los rayos luminosos restallaron en el aire atravesando de parte a parte la esfera metálica encaramada sobre la tapa superior del tambor metálico.

Aunque el pulpo alojado en la cabeza del “robot” debió morir instantáneamente, la máquina siguió en pie como había ocurrido antes con el conductor sadrita del pequeño tren. La pila atómica del “robot” seguía funcionando y accionado el giróscopo emplazado en el interior del cuerpo cilíndrico. Y el giróscopo sostenía toda la máquina en equilibrio, aunque el tripulante ya estaba muerto.

Actuando con extraordinaria diligencia, el comando echó pie a tierra corriendo hacia el “robot”. Mientras lo escondían detrás de la valla del pozo, Miguel Ángel dio marcha atrás al tren y lo dejó en un ramal que no iba a usarse por entonces.

Apenas Miguel Ángel había apartado su tren cuando llegó trepidando otro tren con tres plataformas cargadas de repelentes pulpos. El conductor de este tren detuvo la máquina y los pulpos encaramados en las plataformas saltaron ágilmente al suelo.

El conductor sadrita de la máquina no demostró sentir curiosidad alguna a causa de la presencia allí de once “robots” que

debió tomar por propios. Dio marcha y salió con el tren de la plazoleta. En este momento subía el montacargas.

CAPÍTULO VIII

MIGUEL Ángel Aznar llegó en el mismo momento que el montacargas se detenía y las puertas se abrían ruidosamente.

La pequeña muchedumbre pulpesca que aguardaba se lanzó tumultuosamente dentro del ascensor, llenando la plataforma en cuestión de segundos. A ambos lados de la puerta los comandos terrícolas aguardaban.

—Ya no quedan más. ¡Adelante! —dijo Miguel Ángel.

Los once comandos saltaron a la plataforma del montacargas. La capitana Medina se abalanzó hacia el cuadro de botones y apretó uno. Las puertas se cerraron de golpe y el ascensor empezó a bajar velozmente.

—Pueden empezar la pesca, muchachos —dijo Sofía.

La profesora Castillo se agachó y con las pinzas metálicas levantó de una pata a un repulsivo pulpo que se agitaba y contorsionaba indignado. Miguel Ángel también pescó otro pulpo, sintiendo a la vez repugnancia y horror a la vista de aquel pequeño monstruo que “razonaba como un hombre”. Ávila y un soldado capturaron otro par de pulpos y los echaron con los demás en los sacos que dos soldados presentaban.

Los soldados se apresuraron a cerrar los sacos y Miguel Ángel anunció:

—Comience la danza.

A cuya orden, los once comandos se pusieron en movimiento bailando un animado zapateado sobre los desdichados pulpos que cubrían el piso de la cabina como una alfombra.

—¡Aprisa… aprisa! ¡No dejen uno con vida! —apremió Miguel Ángel aplastando pulpos a mansalva con sus grandes zapatones metálicos.

Y los comandos, para hacerlo con gusto, no tuvieron más que recordar a los náufragos siderales que, cogidos prisioneros por

aquellos asquerosos pulpos, habían sido descuartizados para que los “sabios” sadritas pudieran ver cómo eran por dentro.

El montacargas se detuvo de pronto y las puertas se abrieron de golpe. Pero Sofía Medina, que ya estaba al tanto de ello, volvió a apretar un botón y el montacargas cerró instantáneamente sus puertas poniéndose de nuevo en marcha, esta vez hacia arriba.

Cuando el ascensor se detuvo unos instantes después, todo el piso de la plataforma era una repulsiva tortilla de pulpos aplastados.

El piso donde el montacargas se detuvo era el mismo al cual habían salido los comandos desde el pasadizo de escape que comunicaba con el exterior. El grupo se lanzó fuera y echó a andar rápidamente por el túnel en busca de la puerta que habían forzado para entrar.

El cabo Ventura y el soldado Harley se quedaron rezagados para destrozar con sus pistolas eléctricas el mecanismo de seguridad del montacargas y precipitarlo al fondo del pozo desde una altura de más de 300 metros. Se quedaron allí hasta oír el fragor del montacargas que se estrellaba, y luego apresuraron el paso para alcanzar al grueso del grupo.

El comando tenía que recorrer ahora una distancia mayor que a la entrada, porque entre el pozo del ascensor que habían utilizado y el pasadizo mediaba la plazoleta con el ascensor que habían tomado para subir al piso inmediato superior.

—¡Bueno! Todo ha sido bastante fácil —murmuró el profesor Ferrer mientras andaban apresuradamente por el túnel.

A lo que Miguel Ángel contestó.

—Todo es fácil cuando sale bien.

Callaron los comandos. En el breve silencio que siguió, sólo interrumpido por el jadear ronco de las respiraciones, parecía sentirse el esfuerzo de sus voluntades concentrado sobre un solo objetivo: sacar mayor velocidad a la marcha para alcanzar cuanto antes el pasadizo.

De pronto resonó simultáneamente en todos los auriculares del grupo una llamada clara, vigorosa:

—¡Miguel Ángel, hijo!

Miguel Ángel Aznar se detuvo en seco, palpitante el corazón como un juego de martillos, dudando entre creer lo que acababa de

oír o de achacarlo a una ilusión de sus sentidos.

—¡Miguel Ángel! ¿Me escuchas?

—¡Papá! —gritó el joven—. ¿Dónde estás, papá?

—Aquí, en… No sé en cierto dónde estoy. En la Base, desde luego. Los hombres de titanio nos conducen al senador Barnes y a mí por un dédalo de corredores con destino ignorado.

—¡Dios mío! —exclamó el joven Aznar—. Creí que os habían matado a todos. ¿Qué ha ocurrido? ¡Habla, por Dios! ¡Dime cómo estás!

—Estoy bien —contestó el Almirante Mayor—. Luego que dejó de escucharse la emisora del buque nos encerraron por separado en varias habitaciones. Creo que el objeto de esta separación era que no pudiéramos comunicarnos… Inyectaron oxígeno a presión en mi cuarto y me quitaron la escafandra de la armadura. De haberla conservado hubiera podido hablar con mis compañeros a través de las paredes… por la radio. Pero debió ser para impedir eso por lo que nos quitaron las escafandras. Y hace un momento me la han devuelto para sacarme de aquella habitación. ¡Figúrate mi alegría al oírte hablar por la radio! ¿Dónde estáis? ¿Todo os ha salido bien?

—Sí, sí… muy bien. Vamos hacia la salida llevando a cuatro de esos malditos pulpos.

—¡Pulpos! —exclamó la sorprendida voz del “superalmirante” a través de los auriculares—. ¿Has dicho pulpos?

—Sí. El profesor Castillo estaba en lo cierto. Sólo había pulpos dentro de aquellas armaduras. Pero dejemos eso ahora. ¡Dime dónde estás! Voy a ir por ti.

Silencio absoluto. Todo el comando se había detenido a unos pasos de distancia y esperaba, vuelto hacia Miguel Ángel.

—Voy a ir en tu ayuda, papá. ¿Me escuchas?

—Sí, hijo. Te escucho —contestó la voz tranquila del “superalmirante”—. Y te digo que estás loco. No debes venir en mi busca. ¡Te lo prohíbo!

—¿Creerás que voy a dejar que te maten sin hacer nada por impedirlo? —protestó el joven, indignado.

—Sí, eso es precisamente lo que quiero que hagas —repuso la voz firme del Almirante Mayor—. Sigue tu camino y déjame tranquilo.

—Estás diciendo tonterías. Sabes bien que no puedo seguir tu

consejo. Dime dónde estás. Dame referencias de los túneles por dónde vas pasando para que yo pueda localizarte en el plano de la Base.

—¡No te lo diré! —rugió el “superalmirante”.

—Escuche, señor Aznar —era una voz nueva la que ahora se escuchaba por los auriculares—. No sea usted tan terco y dígale al muchacho dónde estamos. Él puede salvarnos.

—Él no puede hacer nada por nosotros, senador Barnes —contestó el “superalmirante”—. Si acude en nuestra ayuda le cogerán también.

—¿Quién sabe? Quizá no.

—Pues por el quizá, lo dejaremos estar.

—Usted está loco, almirante. ¿Es que le gusta morir?

—No, no me gusta. Me aterra.

—A mí también —contestó la voz agitada del senador Barnes—. No quiero morir, señor Aznar. ¿Lo oye usted? ¡No quiero morir! Así que, o le da usted al muchacho las referencias que pide, o se las doy yo.

—¡Bravo, senador! —exclamó Miguel Ángel—. No haga caso de lo que diga mi padre. Fíjese…

El joven se interrumpió, esperando a que cesara la sarta de maldiciones que su padre estaba descargando sobre el asustado senador. Y luego prosiguió:

—Fíjese en las esquinas de las encrucijadas, señor Barnes. Verá que tienen un número y una letra. Dígame cuáles son y yo sabré por el plano el camino que siguen ustedes.

—Ahora acabamos de pasar por una encrucijada. Estamos entrando en el túnel letra “ENE”, número ocho “EFE”.

—Perfectamente, senador. No deje de advertirme cada vez que cambien de rumbo. Ahora voy a ver el plano.

Miguel Ángel, en efecto, abrió el armario de su armadura y extrajo el plano desdoblándolo bajo la luz de un foco.

—Miguel Ángel —era la voz de Polonia Castillo quien hablaba ahora—. ¿Vas a salir en busca de tu padre?

El joven volvió entonces a la realidad. El comando le esperaba.

Se volvió hacia el grupo, y sin acercarse, cosa innecesaria puesto que hablaban a través de la radio, manifestó:

—Sí, voy a rescatarlo.

—¿Tenemos que ir nosotros también?

El acento de la profesora implicaba un temor y un disgusto que Miguel Ángel no pudo por menos de advertir.

—¿Crees que debo ir solo? —preguntó irónicamente.

—Yo… creo que no debes ir de ninguna forma, Miguel Ángel. Es una empresa temeraria… sin la menor probabilidad de éxito —se excusó la muchacha. Y añadió—: Tú mismo has oído lo que ha dicho tu padre.

Algo muy profundo y doloroso se quebró en el alma de Miguel Ángel como un cristal.

—¿Cómo puedes hablarme así? —dijo con voz sofocada por la indignación—. ¿Crees que puedo tener en cuenta las probabilidades? Aunque sólo hubiera una entre un millón iría en su busca. ¡Y también iría a sabiendas de no haber ninguna, porque ese es mi deber!

—Tú no me has comprendido, Miguel Ángel. Es cierto que tienes un deber para con tu padre. Pero también lo tienes para con tu patria y tu raza. Es muy importante que podamos llegar a la Tierra llevando los pulpos que hemos cogido. Ahora bien; si nos lanzamos en esa peligrosa aventura…

—No temas. Tú no participarás en ella. Ni los demás tampoco. La capitana Medina asume el mando del grupo. Ella os conducirá a la Tierra con tanta o mayor seguridad que si yo dirigiera la fuga. ¿Lo ha oído, Medina?

—Sí, lo he oído —contestó la muchacha—. Yo asumo el mando y lo delego en el sargento Ávila. Me quedaré aquí. ¿Lo ha oído, sargento?

—Sí, señorita —contestó Ávila respetuosamente—. Yo asumo el mando… y lo delego en el cabo Ventura. ¿Me ha oído, Luisa? Yo también me quedo con el capitán Aznar.

—A la orden, sargento —dijo la aflautada voz de la muchacha—. Yo asumo el mando, y como también deseo quedarme con el capitán, lo delego en el soldado…

—¡Eh, alto! —bramó Miguel Ángel—. ¿Qué broma es ésta? ¡No pueden arrojarse la responsabilidad de mandar el grupo de unos a otros, como si fuera una pelota!

—¿Por qué no, si lo hace usted? —contestó Sofía Medina.

—¡Yo tengo que ayudar a mi padre!

—Y nosotros también. El “superalmirante” es como si fuera nuestro padre.

A través del cristal amarillo de su escafandra, Miguel Ángel Aznar contempló emocionado aquellas grotescas figuras de metal dentro de las cuales latían unos corazones nobles y generosos.

El senador Barnes dejó oír su voz en este instante para dar cuenta de que estaban cruzando por otra encrucijada, de la cual especificó número y letras. Y a continuación añadió:

—Nos detenemos ante la puerta segunda de la izquierda a contar de la encrucijada. Parece que nos van a introducir aquí… Sí; así es. ¡Dios mío! —La voz del senador se quebró en un trémolo de lágrimas. Y al cabo de unos momentos añadió con voz ahogada—: Ruiz… Shod… ¡Todos están aquí… muertos! ¡Descuartizados!

Miguel Ángel Aznar sintió erizársele los cabellos de horror.

—No hay tiempo que perder, muchachos —dijo a sus hombres —. Y hemos de arreglar esto de alguna forma. No pueden venir todos conmigo. La profesora Castillo y el profesor Ferrer desean emprender el regreso a Tierra cuanto antes, ¿no es cierto?

Era una clara invitación para que los dos aludidos se brindaran a quedarse con los demás. Pero ni Polonia Castillo ni Ferrer pronunciaron palabra.

—Sargento Ávila —dijo Miguel Ángel—, tome a Gray y a Selenio y hágase cargo de los señores profesores. Sin protestas, ¿me entiende?

—Sí, señor —murmuró el sargento con acento contrito.

—Usted se lleva un aerobote y nosotros nos quedamos con el otro.

—A la orden, señor.

Fue cuestión de unos minutos hacer un pequeño intercambio del equipo en miniatura. Estos minutos fueron aprovechados por Miguel Ángel para situar en el plano de la Base el punto donde su padre y el senador Barnes habían sido llevados.

Al llegar a la plazoleta desde la cual tomaron el montacargas al entrar en la Base, el grupo del sargento y el que intentaba rescatar al Almirante Mayor se despidieron.

—Les deseo mucha suerte, señor —murmuró Ávila.

—También ustedes van a necesitarla para alcanzar Ganímedes salvando la vigilancia de las patrullas del enemigo —contestó

Miguel Ángel.

Polonia Castillo, que al parecer tenía mucha prisa en abandonar los subterráneos, se alejó sin decir palabra.

El profesor Ferrer, tal vez avergonzado de su conducta, balbuceó algunas palabras de disculpa:

—Yo… ya lo sabe usted, Miguel Ángel. No soy muy valiente. No creo que les sirviera de otra cosa que de estorbo. Pero tengo en mucha estima a su padre de usted… y me alegraré mucho que puedan rescatarlo. ¡Sí, me alegraré mucho!

—Gracias, profesor. Usted, al menos, da la cara. Buen viaje.

Si Polonia Castillo se dio por aludida no lo demostró. Miguel Ángel, que detestaba sobre todo a los egoístas, la había olvidado ya cuando unos minutos más tarde entró en el montacargas que subía de vacío.

—Tres pisos más arriba —indicó Miguel Ángel a la capitana Medina.

La muchacha apretó el botón correspondiente y el ascensor se puso en marcha.

El montacargas no se detuvo esta vez en el piso inmediato superior, donde desembarcaron la primera vez. Subió directo dos pisos más arriba y se detuvo en una plazoleta idéntica a todas las que se habían visto debajo. Aquí, el piso de los corredores estaba también cubierto de una capa de niebla azul, espesa y pegajosa, que se removía en caprichosas volutas al paso de los comandos.

Mientras andaban por los corredores, todo lo aprisa que las fastidiosas armaduras les permitían, los terrícolas podían escuchar por la radio las entrecortadas palabras del asustado señor Barnes:

“Ahora interrogan al almirante. Le han mostrado un papel escrito a máquina con caracteres Thorbod en donde preguntaban si estamos fabricando proyectores de luz sólida”.

—¿Cómo diablos han podido enterarse? —murmuró Miguel Ángel moviendo las piernas con rapidez.

Y el senador contestó:

—Por los que han interrogado antes que a nosotros, seguramente. Tengo para mí que los sadritas saben ya que estamos fabricando esa arma, e incluso en qué cantidades lo hacemos. De todas formas piensan matarnos al final, pero antes quieren ver si nos arrancan algo que sus víctimas anteriores no hayan dicho. ¡Por

el amor de Dios, dense prisa! ¿Tardarán mucho en llegar?”

—Estamos ahora en la primera encrucijada que pasaron ustedes. Vamos todo lo aprisa que podemos pero no nos atrevemos a correr por si nos tropezamos con algún sadrita —informó Miguel Ángel. Y añadió—: Denos cuenta de la distribución del cuarto y de la posición y número de los sadritas que hay dentro.

Barnes facilitó todos aquellos detalles interrumpiéndose continuamente para exclamar: “¡Dense prisa, por el amor de Dios!”

—Uno para cada uno de nosotros —dijo Miguel Ángel—. Vayan apercibiendo las pistolas. Estamos llegando. Esa es la última encrucijada.

El comando se detuvo ante la segunda puerta a contar desde la encrucijada. Miguel Ángel Aznar, pistola en mano, se detuvo un instante para acallar los latidos de su corazón. Su mano izquierda se crispó sobre el tirador de la puerta.

—¿Listos? ¡Adelante!

La puerta cedió ante el enérgico empujón de Miguel Ángel y el comando se precipitó en la habitación como un alud. Cada hombre sabía el lugar que ocupaba el enemigo contra el que había de disparar. Así que no se perdió el tiempo en buscar las víctimas. Las pistolas eléctricas restallaron como látigos en tanto los rayos luminosos cruzaban el aire en busca de las cabezas de los “hombres” de titanio.

Los sadritas, cogidos por sorpresa, no tuvieron tiempo de reaccionar. Uno de ellos, que estaba ligeramente inclinado sobre la mesa donde el “superalmirante” escribía a máquina, cayó de bruces con la cabeza atravesada por el disparo de Miguel Ángel.

De los otros cinco, uno se salvó del primer tiro de Portocarrero y dio un paso adelante al tiempo que se abría el armario donde los “hombres” de titanio solían guardar su pistola. Los disparos que Portocarrero hizo a continuación le acribillaron el cráneo. Cayó ruidosamente hacia delante por el impulso que llevaba.

Los cuatro restantes se quedaron donde estaban, tiesos, derechos, erguidos… aunque muertos.

—¡Vamos rápido. Fuera de aquí! —gritó Miguel Ángel empujando a su padre que acababa de ponerse en pie.

Los ocho terrícolas salieron atropelladamente al corredor. El senador y el “superalmirante” vestían todavía las armaduras de

cristal con escafandra de vacío. El señor Barnes cayó al suelo y la señorita Luisa Ventura se detuvo para ayudarle a incorporarse.

De pronto, por el fondo del túnel, aparecieron cuatro “hombres” de titanio.

—Disimulemos —susurró Miguel Ángel, como si el enemigo pudiera oírle—. Hagamos como que conducimos a los prisioneros y cuando estén cerca dispararemos contra ellos.

Los sadritas, en efecto, avanzaron al encuentro de los que creían sus compañeros. Pero, de pronto, incomprensiblemente, se detuvieron. Los armarios se abrieron automáticamente y los cuatro, como un solo hombre, introdujeron las pinzas en el hueco para empuñar las pistolas.

—¡Fuego! —gritó Miguel Ángel. Y disparó un haz de rayos contra el enemigo.

Pero los sadritas estaban lejos y era difícil acertarles en la cabeza a esta distancia. La cabeza era, según habían comprobado los comandos, el único punto vital de un “hombre” de titanio. Un tiro en otra parte de la armadura podría estropear el mecanismo del “robot” y quizás paralizarle. Pero no mataría al diminuto ser alojado en la cabeza del muñeco.

Los terrícolas, en cambio, eran vulnerables en todos sus puntos al disparo de una pistola eléctrica. No era necesario que el rayo de luz sólida les atravesara el corazón o la cabeza. Un impacto en un brazo o una pierna significaba una herida cierta. Pero lo peor de todo era que el oxígeno de la armadura escaparía por los agujeros y su ocupante moriría a los pocos minutos por asfixia.

Y esto fue precisamente lo que le ocurrió al soldado Deval. Los sadritas dispararon alcanzando a Deval en un muslo. El hombre cayó al suelo con la pierna atravesada de parte a parte y el oxígeno que llenaba su armadura empezó a escaparse por los agujeros.

Los comandos corrieron a buscar refugio en los huecos de las puertas próximas, sin dejar de disparar. El senador Barnes se quedó en medio del corredor. Los rayos del enemigo convergieron sobre él y le derribaron al suelo con el pecho lleno de agujeros.

Mientras tanto, los disparos del comando paralizaban a un sadrita alcanzado precisamente en la cabeza. Otros dos cayeron a tierra con el mecanismo de sus aparatos averiado por los rayos de los terrícolas. El tercero dio media vuelta y huyó a la carrera.

Miguel Ángel corrió hacia Deval. Tenía la esperanza de salvarle taponando los agujeros de la armadura con una cera especial que habían traído para un caso desesperado como el presente. Pero los depósitos de oxígeno del muchacho, ya exhaustos, se habían vaciado rápidamente por el doble agujero. El gas que se arrastraba en forma de niebla por el suelo había penetrado en la armadura y Deval tosía ahogadamente.

Fueron inútiles cuantos intentos se hicieron por salvarle. Murió a los dos minutos.

—¡No debiste venir! —gritó el señor Aznar furioso—. ¡No es justo que para salvarme a mí haya tenido que morir ese muchacho!

—Él vino por su voluntad —contestó Miguel Ángel secamente—. Sabía a lo que se exponía y aceptó el riesgo gustoso. Vamos, no perdamos tiempo en discusiones. El tipo que escapó habrá dado la alarma.

Echaron a andar por el túnel, desandando el camino que habían recorrido antes hasta la encrucijada. Al pasar junto a los “hombres” de titanio que yacían en el suelo fue cuando comprobaron que sólo uno de ellos estaba muerto.

Los soldados remataron a los dos pulpos que seguían alojados en la cabeza de los “robots”.

Al llegar a la encrucijada tomaron el túnel de la izquierda. Miguel Ángel había visto en el plano una puerta de escape sobre la ladera de la montaña cerca de allí. La puerta del tal pasadizo resultó estar al fondo de una serie de cavernas donde había almacenados varios miles de armaduras de astronauta como la que llevaba el “superalmirante” en aquellos momentos.

—Los sadritas tardarán horas y quizá días enteros en descubrir esta puerta —dijo Miguel Ángel mientras descorría los cerrojos.

—La encontrarán en seguida si tienen un plano de la Base —gruñó el señor Aznar.

—No lo tienen. Nuestro Estado Mayor destruyó todos los papeles antes de evacuar esta Base. Y la Base es tan grande y complicada que los sadritas no la conocerán bien nunca.

—Pues si no van a encontrar esta salida en seguida podríamos cambiar nuestras armaduras por trajes de cristal. Son mucho más cómodos y hay algunos provistos de “back” —apuntó Sofía Medina.

El “back” era un aparato volador individual que se fundaba en la

propiedad antimagnética de la “dedona”, y un hombre podía llevar a la espalda como una mochila, consiguiendo con él velocidades de hasta mil kilómetros a la hora.

—Es una magnífica idea —murmuró Miguel Ángel—. Cojan un traje para cada uno y métanlos en el pasadizo. Nos cambiaremos ahí dentro destapando una botella de oxígeno.

Los hombres tomaron las armaduras y arrastraron hasta el pasadizo las pesadas cajas de “dedona” que constituían los “back”. Todos dentro ya, se cerró la puerta y se procedió a la primera “metamorfosis”.

De una cajita de cristal, un soldado sacó una botellita metálica que depositó en el suelo. En la misma cajita había una diminuta sirena, parecida a un silbato, la cual estaba unida por un hilo muy fino a un acumulador alojado en el “armario” lateral de la armadura. El soldado arrancó de un tirón el hilo. La sirena se paró y la botella que estaba en el suelo empezó a chisporrotear arrojando un resplandor azul acompañado de gran calor.

Unos segundos después, la botella había crecido enormemente convirtiéndose en un tanque de oxígeno. Esta botella fue destapada para que el oxígeno echara fuera todo el gas nocivo que había entrado en el pasadizo y los comandos pudieran quitarse las escafandras.

Fue inefable el alivio que todos sintieron al desprenderse de aquellas pesadas armaduras y enfundarse en las ligeras y cómodas armaduras de cristal. Éstas tenían también depósito de oxígeno y aparato de radio en la escafandra. Los comandos llenaron los depósitos de oxígeno puro, se adosaron a la espalda los “back” y pusieron en marcha las pilas atómicas, conectando a ellas las pistolas eléctricas por medio de un hilo de cobre flexible.

Completamente transformados, más ligeros y ágiles, los comandos se ajustaron las grandes escafandras de cristal azul y abrieron la segunda puerta del pasadizo. Antes de abrir la tercera y última practicaron un agujero con las pistolas para que saliera todo el aire que estaba contenido a presión dentro del túnel. Luego pudieron abrir con toda tranquilidad la puerta y asomarse a la imponente perspectiva que ofrecía el cráter desde la altura en que se encontraban a mitad de la falda de la montaña.

Mientras duraba la aventura, Oberón había dado casi una vuelta

completa sobre su eje. Volvía a ser de noche en aquel hemisferio.

—¡Bueno! —suspiró Miguel Ángel contemplando el negro espacio tachonado de estrellas—. Ahí está el cielo ofreciéndose tentador para que nos lancemos a él.

—¿No habrás pensado que podemos escapar con toda la Flota Sideral de Sadra esperando que asomemos la nariz para achicharrarnos? —preguntó el "superalmirante".

—No. Claro que no. He pensado bajar ahora hasta el pie de la montaña y volar a ras del suelo hasta que hayamos perdido de vista la Base. Buscaremos un lugar tranquilo para acampar. Llevamos con nosotros agua, oxígeno y provisiones bastantes para vivir tres o cuatro meses en cualquier lugar remoto de Oberón. Hasta traemos un gran tanque metálico para metamorfosear bajo el polvo y que nos sirva de refugio hasta que el cielo se despeje y contemos con mayores probabilidades de llegar vivos a la Tierra. ¿No te seduce veranear tres meses en Oberón, "lejos del mundanal ruido", como dijo el poeta?

—No mucho —refunfuñó el Almirante Mayor—. Pero admito que es la mejor forma de volver alguna vez "al mundanal ruido". ¿Habéis traído baraja, al menos?

—¡Claro, almirante! —exclamó Portocarrero riendo—. Baraja también.

El comando se deslizó rápidamente por la ladera de la montaña abajo. Al llegar al pie del monte dieron energía eléctrica a los "back", lo cual les hizo flotar como una pluma en el aire. Luego, abriendo muy poco el regulador, se vieron impulsados hacia delante a ras del suelo.

Temiendo que se les buscara por el lado donde habían desaparecido a la vista de los sadritas, Miguel Ángel llevó al grupo hacia la derecha dando la vuelta a la montaña.

Apenas habían empezado a volar cuando los ojos de Miguel Ángel, a través del cristal de la escafandra, descubrieron un objeto que le era familiar y que estaba medio enterrado en el polvo.

Sin decir palabra dio un cuarto de vuelta y puso rumbo hacia allí. Su corazón no le había engañado. Se trataba de la afilada proa de una "zapatilla" volante.

Llamó al comando mientras quitaba energía al "back" y aterrizaba junto a los restos del aparato. La capitana Medina fue la

primera en llegar. Se posó en el polvo, junto a Miguel Ángel, y preguntó mirando los restos:

—¿Cree que se trata del aerobote del sargento Ávila y los profesores?

Miguel Ángel levantó los ojos hacia la montaña.

—Está precisamente debajo de la salida del pasadizo que utilizamos para entrar en la Base. Si es su aerobote debieron derribarlo nada más levantar el vuelo.

Mientras tanto habían ido llegando todos los demás, y Miguel Ángel ordenó a un par de hombres que se abrieran paso entre el polvo poco consistente para meterse debajo de los restos y ver si encontraban algo. Portocarrero y Luisa Ventura bucearon bajo el polvo reapareciendo poco después con un objeto que entregaron a Miguel Ángel.

El capitán lo tomó y lo examinó. Era un pedazo de cristal amarillo dividido en hexágonos que formaban un mosaico y que tenían en el centro un puntito negro.

—Es uno de los falsos ojos de cristal de nuestras armaduras de "dedona" —murmuró el joven roncamente—. Eran ellos, Ávila, Ferrer y todos los demás.

—El reactor atómico debió estallar —manifestó Portocarrero—. Hay algunos restos humanos, pero tan aplastados y quemados que es imposible reconocerlos.

—¡Pobre señorita Castillo! —murmuró Sofía Medina—. ¡Ella que deseaba llegar cuanto antes a la Tierra!

—Vámonos de aquí —dijo Miguel Ángel—. Este lugar es macabro… y peligroso.

Los comandos volvieron a hacer funcionar sus "backs" y se alejaron rápidamente volando casi a ras de suelo. Sólo cuando llegaron a la cordillera que circundaba el grandioso cráter se elevaron para pasar por encima de los agudos picachos y volver a descender, ya a salvo de los proyectores de luz sólida que pudieran haber emplazados alrededor de la Base.

—Lo que no alcanzo a comprender —dijo la capitana Medina— es cómo averiguaron los sadritas que nuestros amigos iban a salir por allí.

—Yo creo saberlo —contestó Miguel Ángel por la radio—. La profesora Castillo acertó cuando dijo que los pulpos de titanio eran

capaces de transmitirse el pensamiento.

—¡Cielos! ¿Eso cree?

—Sí. Cuando nosotros pisoteamos aquel montón de seres de titanio, el dolor y la angustia que éstos sintieron debieron llegar como un clamor hasta el entendimiento de todos los pulpos que había en la Base. Esto es claro; si un ser puede transmitir su pensamiento a otro, lo que hace en realidad es comunicarle sus sentimientos. El sentimiento de terror de nuestras víctimas debió estremecer a todos sus congéneres. Yo no creo que una criatura de éstas pueda poner sobre alerta a un millar de semejantes suyos simplemente con lanzar una llamada general telepática. En este caso, los cerebros de nuestros enemigos deben ser como aparatos de radio sintonizados en ondas muy diversas, y un pulpo sólo logrará hacerse oír de un compañero a condición que éste esté dispuesto a "sintonizar su onda". El caso contrario, que un individuo pudiera imponer su pensamiento a los demás, resultaría un caos. Quizá los haya entre ellos, pero no debe ser lo corriente. En el caso presente, un centenar de pulpos temblaban de terror bajo nuestros pies. El terror es seguramente el sentimiento más contagioso. Lo es incluso entre nosotros. Y cien o más criaturas de extraordinaria potencia cerebral lanzando el mismo mensaje telepático de angustia pueden fijar sobre sí la atención que uno solo no conseguiría. Esa debió ser la señal de alarma. Todos los pulpos de la Base temblarían de terror y al indagar la causa, captarían la llamada de socorro de los cuatro pulpos que nosotros llevábamos prisioneros.

—¿Quiere decir que los pulpos prisioneros operaban como un oscilador de radio señalando el camino que seguimos? —preguntó la joven con acento de incredulidad.

—Sobre poco más o menos, así debió de ser. Los prisioneros eran osciladores, y todos los demás pulpos radiogonios dedicados a la localización. Así fue como descubrieron dónde se habían metido nuestros compañeros y, posiblemente, cómo determinaron con toda exactitud el punto de la montaña por donde iban a salir.

—¡Caray! —exclamó Sofía—. Así fue una suerte para nosotros que no fuéramos con usted, separándonos de los compañeros que llevaban cautivos a los pulpos.

—Sin duda —la voz de Miguel Ángel Aznar denunció temblor de lágrimas.

Siguieron volando en silencio durante un rato. Finalmente, la señorita Medina preguntó:

—Le ha trastornado mucho la muerte de Polonia Castillo, ¿verdad?

—¿Pol? —la voz de Miguel Ángel denotaba sorpresa—. No pensaba en ella ahora, sino en Ávila, en Selenio y en aquella chica llamada Ina Gray. Los tres deseaban quedarse conmigo. Yo, al obligarles a acompañar a la señorita Castillo y a Ferrer, les condené sin saberlo.

—Precisamente sin saberlo. No tiene usted por qué hacerse responsable. La suerte lo dispuso así.

Miguel Ángel no contestó. La muchacha, mientras volaba, se acercó a él y le asió una mano con la suya enguantada de cristal. Miguel Ángel correspondió agradecido al apretón.

—Es usted una muchacha excelente, Sofía. ¿Me ha perdonado ya la ofensa que le infligí al entrar en la Base? —preguntó.

—¡Bah, olvídelo!

—No puedo olvidarlo. Pensaría usted de mí que soy un estúpido engreído. ¡Decir lo que dije… y delante de todos!

—Eso fue lo que más me molestó; que lo dijera delante de todos. Por lo demás… no dijo ninguna mentira.

—¡Muchacha! —murmuró Miguel Ángel acercándola hacia sí, sintiendo el corazón inundado de un calor tibio y agradable.

—¡Chissst! —susurró ella muy bajito.

Siguieron unos instantes de silencio. De pronto la voz del Almirante Mayor restalló simultáneamente por la radio de todo el comando:

—¡Muchachos, habláis tan bajito que no se os oye nada!

La respuesta fue una carcajada general. Porque estando todos sintonizados con la misma onda de radio, por fuerza habían de oír todos los que hablaban todos.

El comando volaba raudamente sobre los cráteres y los altos picachos de Oberón en busca de un lugar adecuado donde acampar… y hacerse olvidar.

FIN